una historia de amor.



# EL ESPACIO QUE NOS SEPARA

S.C. Lewis

# EL ESPACIO QUE NOS SEPARA

S.C Lewis

EL ESPACIO QUE NOS SEPARA

S.C. LEWIS

Copyright © 2022 por S.C Lewis

Diseño de la maqueta y Copyright (C) 2022 de S.C Lewis

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Creado con Vellum

Creado con Vellum

# Índice


1. El Incidente
2. Solo
3. La invitación
4. Un amigo
5. Invitado
6. Inesperado
7. Opciones
8. Cruzando la línea
9. Experimento científico
10. El hogar está donde está el corazón
11. Compromiso
12. Cierre

# Capítulo 1

# *El Incidente*

La explosión le había reventado los tímpanos y había sacudido sus nervios auditivos de forma tan grave que no podría oír durante días y nunca podría atender tan bien como antes. Fue testigo de una silenciosa escena de destrucción mientras miraba a su alrededor, figurando lo que había ocurrido e intentando moverse. Grizz, que había estado en el área más próxima al impacto, recibió el peor castigo. Quedaba poco para enviar a casa; la mayoría de los trozos seguían agarrados a las empuñaduras del arma. Cayó una niebla rosa; miró hacia arriba para ver de dónde procedía y se dio cuenta de que era todo lo que quedaba de Grizz y de quién sabe cuántos otros tipos; no estaba seguro de quién había estado más cerca del artefacto explosivo improvisado cuando explotó.

Podía oler algo quemado. A tela, aceite y ceniza.

Alguien le dio un golpecito en la pierna y lo sacudió violentamente. No pudo oír cómo gritaban su nombre, ni sintió cómo tiraban de sus piernas para sacarlo de los restos ardientes de la nave. Sintió que se movía, luego que se arremolinaba, y de repente, la oscuridad descendió como si sus ojos también se hubieran rendido.

—¿WILLIE? ¿PUEDES OÍRME, WILLIE?

Luz. Hay demasiada luz. ¿Y qué era exactamente? ¿Una voz?

—Willie, necesito que te concentres. ¿Puedes oír lo que estoy diciendo?

Era solo una voz. Podía oír algo de lo que ocurría a su alrededor. Al menos una parte.

—Yo... eh.

—No, no, no ... Inhalaste algunos olores nocivos allí. Por el momento, tu garganta estará adolorida. ¿Podrías abrir los ojos para mí?

Lo intentó, pero los tenía pegados. Le limpió los ojos con un hisopo de algodón tibio y húmedo, y entonces pudo abrir los ojos, parpadear e intentar concentrarse.

—Bien. ¿Puedes ver con claridad?

Asintió con la cabeza.

—¿Puedes decirme dónde está?

Esbozó una leve sonrisa. ¿En qué otro lugar del planeta podría sucederle algo así a alguien?

—Afga... —graznó con agonía.

La enfermera asintió una vez y garabateó algo en el portapapeles.

—Estabas ahí, hasta hace aproximadamente cinco días. Te trajimos aquí después del incidente y esperamos a que volvieras. Bienvenido, soldado.

—Gracias —tosió antes de quedarse callado.

—Te dejaré solo, Willie. Tienes trabajo por delante. Pero no te preocupes, te curaremos y te pondremos en camino lo antes posible.

Cayó en la inconsciencia, experimentando una interminable y silenciosa repetición de la explosión, como lo había hecho durante los cinco días anteriores.

Un compañero de su escuadrón pasó por su cama unas horas después. Su discurso fue directo.

—¿Grizz? —un suave movimiento de cabeza.

—¿Peters? —un pequeño temblor.

—¿Donnelly? —una lágrima recorrió su rostro mientras se movía de lado a lado.

# Capítulo 2

# *Solo*

A la mañana siguiente oía mejor, tenía más ganas de ver y estaba ansioso por conversar. Esperó a que la misma enfermera pasara a verle antes de volver a probar su voz.

—¿Disculpe, señora? —habló en voz alta; su voz era ronca y más aguda de lo que recordaba.

—¿Sí? —dijo ella, acercándose a él con la cabeza ladeada y una sonrisa en el rostro.

—Juliet —dijo la palabra como si fuera una oración o un deseo.

Ella lo miró por un momento antes de darse cuenta de lo que quería decir.

—¡Dios mío, tu mujer! Por supuesto, sí. El médico habló con ella la primera noche que estuviste aquí y también después de la intervención. Es consciente de tu situación. De hecho —añadió suavemente mientras se acercaba a él—, dijo que lo está llevando bien —sonrió como si supiera que esto le preocupaba.

Él la miró, perplejo. Ella se sonrojó.

—Oh, Dios mío. ¿Has hablado con el médico? Lo siento mucho, cariño. Supuse que... anoté en tu ficha que estabas consciente y respondías, y cuando ven eso, siempre se acercan a charlar contigo. Por favor, acepta mis disculpas.

—Espera, ¿qué... es...? —con su mirada, rogaba ser informado, saber qué era lo que su esposa de hace 2 años estaba tomando tan bien.

—Déjame ir a buscar al médico, cariño —murmuró y se levantó y salió al instante.

Los avances en las habilidades quirúrgicas han transformado la medicina de batalla, pero todos los esfuerzos humanos tienen límites. Los médicos no pudieron restaurar la parálisis que dejaría las piernas de Willie sin valor para el resto de su vida. Sin embargo, se le consideró excepcionalmente —afortunado —porque su paraplejia no parecía haber dañado por completo sus sistemas abdominales inferiores. Estaba estable, tenía control sobre sus intestinos y existía la posibilidad, según le informó alegremente su urólogo, de que pudiera recuperar la función sexual con el tiempo.

Willie no se consideraba afortunado.

Lo llevaron a casa para que recibiera seis meses de terapia en un centro de veteranos cercano a su ciudad natal, si es que dos estados de distancia se consideran “cercanos”. Juliet se unió a él allí y, al principio, participó activamente en su terapia. Se alegró al descubrir que tenía casi el mismo aspecto que cuando lo vio salir de gira seis meses antes. Siempre había sido el tipo más atractivo de la sala, y lo seguía siendo: un mechón de pelo castaño, ojos claros de color marrón dorado, una amplia sonrisa y hombros anchos, solo que ahora estaba en una silla de ruedas. Para siempre.

Se esforzó tanto en la fisioterapia como en todo lo demás en su vida: la escuela, el empleo y el ejército. Si tenía que usar una silla de ruedas, iba rápido. Se ejercitaba todos los días,

transformando su delgadez y físico esculpido en una escultura de músculos y tendones. En la silla de ruedas, aumentó su resistencia hasta que el equipo, conmovido por su esfuerzo, inició una colecta para una silla de carreras para que pudiera hacer los kilómetros sin problemas. Y sus piernas se quedaron quietas.

Los pensamientos de Juliet se desviaron hacia la familia que había pretendido crear mientras Willie luchaba por recuperar sus fuerzas. Instó al personal de urología a que desarrollara nuevas soluciones para devolverle la virilidad; la cirugía había fracasado, el Viagra le había hecho fibrilar el corazón y una bomba implantada no serviría de nada sin músculos eyaculadores. Presionó y presionó, y cuando fracasó en su objetivo, regañó y sollozó. Finalmente, los expertos le sugirieron que le diera un masaje físico en la próstata para inducir la erección y poner en marcha el sistema eyaculatorio. Era una posibilidad inverosímil, pero fue lo mejor que se les ocurrió.

—¿Qué quieres que haga? —dijo ella con desprecio.

—Es una técnica sencilla, señora Patchett. Simplemente humedezca la zona e introduzca su dedo...

—No puedes hablar en serio, ¿verdad? ¿Acaba de decir "introducir"? Por el amor de Dios, ¡es un hombre!

—Lo es, Sra. Patchett. Y esto puede hacer que se sienta más hombre. Después de insertar su dedo, simplemente identifique la glándula prostática por...

—¡Me voy a enfermar! No voy a tocar a mi esposo como si fuera una cita de graduación. Ustedes están locos.

—Por favor, cálmese. Si la estimulación física no es una opción, puede utilizar un estimulador eléctrico, que simplemente inserta…

—¿Un consolador? ¿Un maldito consolador eléctrico? No soportaré más de esto. Me voy.

Y lo hizo, dejando al equipo de urología -y a Willie- sin opción.

La repetición de la pesadilla de la explosión fue reemplazada esa noche por un nuevo temor. Willie se encontró desnudo en su silla, rodeado de personas que reconocía. Se fijó en ellos; se dio cuenta de que eran viejos amigos del ejército, de la universidad e incluso del instituto. Entonces descubrió que todos estaban desnudos y tenían enormes erecciones. Acariciaban sus pollas grotescamente grandes; se reían y señalaban su pequeño y marchito miembro.

Mientras tanto, Juliet se abrió paso alrededor del círculo, gimiendo y gimiendo cuando se detenía para lamer, besar o chupar cada polla. El calor y el estruendo se volvieron repentinamente incómodos, y Willie vio que las pollas empezaban a eyacular. De cada una de ellas salieron largos y brillantes chorros blancos que se elevaron en el aire y aterrizaron sobre él, cubriéndolo de semen apestoso y pegajoso. Se sentó, empapado, en el centro, sabiendo que nunca más tendría sexo. Se despertó sudando una flactida y jadeante transpiración. Reconoció y sintió en su interior la realidad de que nunca volvería a tener sexo.

Al final, Willie se instaló en un programa de terapia de larga duración en el VA, al otro lado de la ciudad, con un nuevo terapeuta. Donald era de la edad de Willie y enseguida congeniaron, como terapeuta y paciente y luego como amigos. Tras unas semanas de trabajo en la clínica, empezaron a correr juntos, Willie en su silla de carreras y Donald descalzo a su lado.

Willie empezó a sentirse tan poderoso como antes de la explosión, y a veces podía pasar horas sin darse cuenta de que tenía paraplejia. Su estado de ánimo estaba mejorando. Creyó que había llegado el momento de presionar a Juliet en algo que hasta entonces se había negado a hacer.

—Vamos, cariño, inténtalo. ¿Qué hay de mí?

—De ninguna manera, Willie. Es repugnante.

—Pero si funciona, tal vez podamos formar una familia. ¿Quieres renunciar a eso?

Ella seguía dudando mientras lo miraba.

—Mira, será sencillo —contestó él mientras se deslizaba de la silla y se subía a la cama. Se despojó de los pantalones de deporte y camisa y se sentó desnudo frente a ella. Abrió las piernas y se inclinó un poco hacia atrás.

Su físico aún podía balancearla. Desde la cabeza hasta la cintura, se le esperaba por completo; era más de lo habitual. La parte superior de su cuerpo se había esculpido hasta alcanzar una excelente dureza de acero; sus pectorales eran losas de puro músculo, y sus abdominales estaban firmemente tallados en un paquete de ocho. Por supuesto, no había estado ejercitando su polla, pero seguía siendo la larga y sedosa maravilla que siempre había sido. Ella comenzó a creer que podría ser capaz de encontrar una manera de hacer que esto funcione.

—Por favor, inténtalo, ¿vale? —dijo él.

—Agh, de acuerdo —respondió finalmente—. Pero si se vuelve demasiado extraño, lo dejaré.

—De acuerdo. No importa, lo que tú digas —la consoló él.

Ella le arrebató el frasco de lubricante y lubricó su dedo. Lo colocó en su ano y comenzó a presionar. Su dedo se deslizó dentro del agujero. Él jadeó y saltó un poco, y ella, aterrada, se apartó.

—¡Ha sido fantástico! He podido sentirte ahí dentro. Dijeron que eso era un indicio positivo. Indica que algunos nervios siguen unidos.

Pero Juliet estaba concentrada en su dedo, que estaba resbaladizo y reluciente de lubricación, y en el culo de Willie, que estaba abierto y rosado por la fricción de su entrada inicial. Tuvo una arcada y se apresuró a salir de la cama hacia el baño, donde podría vomitar en soledad.

A Willie se le rompió el corazón. Se deslizó de nuevo en su silla y se dirigió al baño. Cuando abrió la puerta, la vio llorando al lado de la bañera. Se volvió hacia él, desnudo y lamentable, con sus pálidas y marchitas piernas colgando inútilmente, y su polla enroscada, sin vida, en su regazo. Por primera vez, se dio cuenta de que era un caso trágico: nunca caminará, ni follaría, ni haría nada que merezca la pena. Para completar el cuadro, las lágrimas corrían por su rostro.

—Sé que es difícil, Juliet…

—No, no es difícil, y esa es la cuestión —le gruñó ella. Ella se dio cuenta de la angustia que le causaba y se echó atrás. Un poco—. Te amo, pero no puedo hacerlo. Simplemente no puedo. Empacaré mis cosas y me iré por unos días, y luego figuraremos las cosas cuando regrese.

Ella nunca regresó.

# Capítulo 3

# *La invitación*

Willie esperó durante tres días, seguro de que ella no volvería. Pero no se fue de casa si ella cumplía su promesa. Willie tuvo que admitir por fin que se había acabado cuando Donald llamó por teléfono para averiguar por qué había faltado a numerosas sesiones de terapia.

—¿Se fue? ¿Solo así? —preguntó Donald con asombro.

—Sí. Solo así. No estoy seguro de dónde está ni de si volverá a por sus pertenencias. Simplemente he estado sentado, esperando.

—¿Quieres decir que no has salido de casa en tres días? ¿Qué has estado comiendo últimamente?

—Había algo en la cocina. Ya casi no hay. Oye, al final tenía que aprender a hacer estas cosas por mi cuenta, ¿no? Supongo que este es el momento apropiado.

—Mira, pasaré a ver cómo estás, ¿de acuerdo? Solo quédate tranquilo.

—No hay necesidad de eso, Donald. Soy capaz de cuidar de mí mismo. Si hay algo que he aprendido de esta experiencia, es eso.

—Estaré aliviado al cerciorarme de que estás bien. Estaré allí en unos 15 minutos.

A Willie le sorprendió la determinación de Donald de llegar al hospital en 15 minutos, dado que vivía a 20 minutos de distancia.

Llegó 12 minutos después.

Willie se acercó a la puerta, la abrió y dejó entrar a un Donald alterado.

—Dios mío, Willie, ¿estás bien? ¿Qué debo hacer? —Donald se tomó un respiro—. Ya sé. Hueles como el cesto de la ropa sucia. Tenemos que meterte en la ducha lo antes posible. ¿Dónde está el baño?

Willie se rio mientras señalaba el pasillo ante la estridente llegada de Donald.

—En marcha —dijo Donald mientras tiraba de Willie hacia la bañera.

Como la casa aún no se había adaptado a la silla de Willie, este no había podido lavarse sin la ayuda de Juliet. Cuando Donald entró en el baño, abrió el agua y ayudó a Willie a desvestirse antes de levantarlo de la silla y colocarlo en un asiento de ducha improvisado. Donald se puso en su posición profesional y empezó a atender a Willie.

—Hombre, puedo lavarme el pelo —objetó Willie mientras Donald le echaba espuma en el cuero cabelludo.

—¡Lo siento! —Donald se echó a reír—. Me he dejado llevar un poco. Te dejaré hacerlo.

—Bueno, pero, ¿quisieras quedarte en la habitación? Hace mucho tiempo que estoy solo aquí —dijo Willie.

—Sin duda alguna. Lamento lo de Juliet. No pretendo indagar, pero voy a curiosear. ¿Qué demonios ha pasado?

—Creo que se veía venir desde hace tiempo. Ella realmente quería una familia, y esto —dijo señalando sus piernas—, significa que no puedo darle una. Supongo que se ha enfadado. No soy el marido con el que se casó.

—Eso es terrible. Sigues siendo el tipo que siempre has sido. Eso es obvio para cualquiera.

—Bueno, el que ella más necesitaba ya no está, así que se acabó.

Willie terminó de ducharse y Donald le ayudó a secarse y vestirse.

—Willie, no puedes quedarte solo en esta casa. Aquí no hay nada apto para que vivas solo. No puedes acercar tu silla a la ducha, la cocina tiene que ser rehecha, y no puedes llegar al segundo nivel.

—¿Pero qué debo hacer, quedarme en un motel? Eso es algo que no me puedo permitir.

Donald sabía que no debía hacerlo, pero lo hizo de todos modos.

—Por favor, ven y quédate conmigo.

Willie levantó la cabeza sorprendido.

—¿Qué?

—Ven a quedarte conmigo, he dicho. Mi casa es apta para una silla de ruedas. Mi hermano mayor estaba en una, así que incursioné en la fisioterapia. Vivió conmigo durante muchos años.

—Pero no hay razón para que tengas que cuidar de mí. Tu hermano es tu familia, pero..

—Y Juliet era un miembro de tu familia, y optó por no participar. Así que aquí estoy, listo para ayudar. Por favor, acepta mi oferta.

—Lo pensaré. Estar solo en casa ha sido triste, por no hablar de frustrante: el café está en un estante alto, al que me había costado llegar durante dos días antes de coger una escoba y sacarlo todo de una vez. Estaría bien no tener que hacerlo todo uno mismo.

—Está bien para una noche. Pero voy a arreglar algunas cosas por aquí mañana para estar aquí por mi cuenta de nuevo.

—Trato hecho. ¿Qué quieres empacar?

En unos dos minutos, Willie cogió su ropa, sus medicinas y su neceser y estaba listo para partir como un buen soldado. El portátil fue el último en entrar, recordándole que no había revisado su correo electrónico desde que Juliet se había ido. Vio que ella seguía conectada cuando abrió el ordenador. Su correo electrónico aparecía en la pantalla. Estaba dispuesto a cerrarle la sesión cuando vio una frase:

—Grita cuando se despierta, lo que ya es horrible, pero es mucho peor porque se revuelve cuando no lo hace. Me preocupa que me haga daño.

¿Qué diablos es esto? Juliet escribió esto hace aproximadamente una semana a su hermana. Había mucho más:

—El TEPT aparece de cuatro a seis meses después de este tipo de daño. Eso es lo que ha sido, y estoy empezando a ver cambios. La única explicación de su rabia por ser discapacitado es el TEPT.

—Se está desvaneciendo. Sus piernas están simplemente colgando allí. Cada noche, lloro hasta quedarme dormida, recordando quién era cuando me casé con él.

Finalmente, leí lo siguiente:

—Está cayendo en la desesperación, y sé que no estaré a salvo aquí cuando lo haga. Una cosa es no poder tener los hijos que siempre quise, pero otra muy distinta es sentir que mi vida está en peligro.

Los ojos de Willie estaban llenos de lágrimas, que corrían por sus mejillas. ¿Era él el monstruo que Juliet suponía que era? ¿Podía haberla dañado mientras dormía? ¿Se estaba volviendo loco? Su satisfacción por lo que había hecho a pesar de sus discapacidades se

desvaneció, sustituida por la humillación, la incertidumbre y el remordimiento. Había destruido su matrimonio. La había alejado.

—¿Estás listo para irte, Willie? —dijo Donald desde la puerta principal.

Willie respondió después de aclararse la garganta.

—Ya voy. Solo necesitaba unas cuantas cosas de última hora. Ya salgo.

Salió por el pasillo, cerrando el portátil.

# Capítulo 4

# *Un amigo*

El viaje hasta la casa de Donald duró menos de una hora, y llegaron justo a tiempo para cenar.

Escondieron la bolsa de Willie en la habitación de invitados, que antes había pertenecido al hermano de Donald, y luego se sentaron en el porche trasero con un paquete de seis cervezas y una puesta de sol. Antes de que uno de ellos dijera algo, ambos estaban terminando sus cervezas.

—Entonces, ¿qué quieres comer? —preguntó Donald, con la voz más alegre posible.

Willie permaneció mudo.

—Ella me abandonó. Simplemente se fue.

—Sí. ¿Crees que volverá?

Willie soltó un bufido.

—De ninguna manera. Cuando ella toma una decisión, está hecho. No ha hablado con su prima en 6 años desde que le robó un vestido sin pedírselo. ¿Y con esta situación? Nunca más. Ya no está con nosotros —Willie bebió su tercer trago con una propina—. Y esto será suficiente para la cena. Masticar está sobrevalorado en cualquier caso.

—Debes comer. Supongo que no eres vegetariano —Donald sonrió.

—Eh. No, en absoluto. Cualquier cosa estaría bien. No soy exigente desde que estoy en el Ejército.

—Entonces, intentaré cocinar algo mejor que lo que sirven en el ejército. Y conseguiré otro de estos.

Recogiendo el portacervezas de cartón, fue a la cocina.

Donald cocinó, Willie comió y ambos bebieron. Y agradecieron la compañía: Willie porque quería saber que alguien estaba dispuesto a permanecer en su presencia a pesar de las dificultades, y Donald porque su casa estaba vacía desde que Michael murió el año pasado. Agradecía tener a alguien a quien cuidar, y Willie era brillante, divertido y fácil de llevar.

Un gato irrumpió en el porche, maullando con fuerza. Willie se inclinó y masajeó la cabeza del gato, que ronroneó alegremente.

—¿Te gustan los gatos? —le preguntó a Donald.

—No, en absoluto. Pero Michael sí. Le servía como una especie de animal de compañía. Incluso después de que él pisara su cola varias veces, ella permanecía constantemente con él. Desde que él no está, ella se queja conmigo.

—Es agradable. ¿Cuál es su nombre?

—Pebbles. Pero si quieres que te simpatice, solo tienes que abrir una lata de lo que sea. Una vez le di de comer atún, y siempre está ahí cuando oye el abrelatas. Me irrita muchísimo. Sin embargo, me recuerda a Michael, y tenerla cerca es como tener una conexión con él.

—Lo echas de menos —dijo Willie flatly, sin dudarlo.

Donald exhaló un suspiro.

—Sí, lo extraño. Aunque lo crié durante la mayor parte de mi vida, siempre fue mi hermano mayor. Era todo lo que tenía después de la muerte de nuestros padres.

—Por Michael —comentó Willie mientras levantaba su vaso (estaban tomando whisky después de la cena).

—Por Michael —exclamó Donald mientras daban sorbos a sus bebidas. Y luego bebieron un poco más.

Donald se esforzó por ponerse en pie y dejó a un lado la botella vacía de Jack Daniels a la que habían recurrido al levantarse para preparar cócteles que necesitaban demasiada concentración.

—Hora de acostarse, soldado —murmuró, y Willie se movió ligeramente pero seguía sin despertarse—. Mierda —refunfuñó Donald.

Donald entró tambaleante en la casa, que empezó a girar tan rápido que sabía que solo se detendría si aterrizaba sobre la Malvada Bruja del Este, o si se arrastraba a cuatro patas. Como ninguna de las dos alternativas estaba disponible, empujó la silla de Willie con toda la fuerza posible, chocando principalmente con los muebles en el camino. Llegó hasta la primera habitación del pasillo, la suya, y se dio cuenta de que no podía ir más lejos. Cuando los pies de Willie tocaron el marco de la cama, se retorció y se detuvo. Donald ayudó a Willie a salir de la silla, una hazaña que se hizo más sencilla por el menor peso de Willie, pero que se hizo más difícil por la embriaguez de Donald. Se desplomaron en la cama y Donald colocó la cabeza de Willie sobre una almohada. Lo rodeó con sus brazos antes de tropezar con el otro lado de la cama y subirse. Se quedó tumbado durante un minuto, deseando que la habitación dejara de dar vueltas. Luego, se desmayó.

# Capítulo 5

# *Invitado*

Los pájaros piaban y chisporroteaban fuera de la ventana a primera hora de la mañana, y ellos dormían. Luego entró la luz de la mañana, un rayo brillante que cortaba la cabecera de la cama, y seguían durmiendo. No se despertaron de golpe hasta que Pebbles vino mucho más tarde a pedir comida; se tumbó en la cama entre ellos y aulló lúgubremente. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos y desorientados. Cada uno se volvió hacia la perturbación, y se quedaron viéndose.

*Oh, mierda*, pensó para sí mismo.

La reacción de Willie fue hacer lo mismo mientras Donald saltaba de la cama. Su instinto, sin embargo, invocó modos de acción que su cuerpo ya no tenía; flailó los brazos y salió de la cama dando tumbos, cayendo de golpe en el suelo.

¿Qué le hice mientras estaba borracho? ¿Qué crimen atroz he olvidado? Probablemente esté aterrorizado y no quiera estar cerca de mí. La he cagado con mi amigo más cercano en este momento.

En lados opuestos de la cama, todos tenían esta noción para sí mismo. Entonces el entrenamiento de Donald se puso en marcha, y corrió alrededor de la cama para recoger a Willie.

—Willie, yo...

—¡No! ¡Mantén la distancia conmigo! —dijo Willie, empujando a Donald.

—¡Pero si no ha pasado nada, Willie! ¡Te lo juro! —Donald respondió gritando también.

—Esto es imposible para mí. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué hicimos tú y yo?

—Te lo explicaré. Estaba demasiado borracho para llevarte a la otra habitación. Lo siento mucho, Willie. No volverá a suceder. ¿Puedes perdonarme, por favor?

Willie le miró fijamente, perplejo.

—¿Por qué? Debería ser yo quien te pidiera perdón.

—¿Qué? ¿Por qué dices algo así? —Donald estaba muy desorientado. ¿De qué estaba hablando?

—Mira, te lo explicaré, y entonces entenderás por qué no podemos hacer esto —explicó Willie.

Donald inhaló profundamente.

—Vale, de acuerdo. Simplemente respiremos profundamente. Iré a preparar café y lo hablaremos —Donald se retiró a la cocina, exhausto y todavía con resaca.

*Mierda*, *la he cagado*, los dos pensaron lo mismo.

Willie entró en la cocina unos minutos después, atraído por el aroma del café. Se había limpiado los dientes y se había aseado un poco, y empezaba a sentirse más humano. No había visto la cocina de Donald la noche anterior y lo estaba asimilando todo mientras bebía de la taza

que Donald le ofrecía. Era original de la casa de mediados de siglo, con armarios pintados y una enorme cocina de gas; las ollas de cobre colgaban sobre la corta isla de bloques de madera en el centro. Le recordaba a Juliet viendo uno de esos programas de remodelaciones que veía constantemente.

Donald acercó una silla a la isla, construida para acomodar una silla de ruedas. Willie se acurrucó junto a ella, frotándose los ojos.

*¿Cómo puedo explicar esto?* reflexionaron los dos.

—Mira —empezó Donald, tomando un gran respiro y preparándose para lo que iba a decir.

—No, espera. Permíteme que te lo explique, por favor.

Donald asintió, sorprendido.

—Cuando me preparaba para venir aquí anoche, encontré unos correos electrónicos que Juliet había escrito a su hermana y a varias de sus amigas. Tenía miedo de mí. Temía que yo tuviera un trastorno de estrés postraumático y que pudiera matarla mientras dormía o algo así. Y afirmó que yo me estaba enloqueciendo y abatiendo, y que por eso se fue.

Donald dio un largo suspiro y comenzó a hablar, pero se detuvo con una mano en alto.

—Por eso estaba tan preocupado esta mañana. No puedo estar cerca de nadie en este momento, sobre todo mientras duermo; por eso Juliet estaba preocupada por mí. ¡Donald, podría haberte matado! Tengo un monstruo dentro de mí que no puedo controlar. ¿Podrías simplemente llevarme a mi casa hoy? Necesito estar solo; será lo mejor para los dos.

Donald bebió su café y miró a Willie. Su corazón se rompió cuando vio que los ojos de su amigo se llenaban de lágrimas. No quería aumentar su carga, así que no mencionó nada acerca de por qué él también se había levantado de la cama esta mañana.

—Ves —respondió Donald, poniendo su mano en el brazo de Willie—, puedo buscar las cosas por mí mismo. Deberías saber que yo también estuve en el ejército. Soy un tipo fuerte y estaré bien. No tienes que preocuparte.

—¡Pero no tengo control sobre ello! —gritó Willie.

—¿Qué es lo que controlas? Tú y yo nos desmayamos ayer por la noche. Tú y yo nos hemos despertado esta mañana. No hubo ningún daño. Excepto que yo tengo resaca, y tú pareces estar bien, lo cual envidio.

Willie se rio.

—Puedo ser un borracho a sueldo, pero me recupero muy bien.

—Dejémonos de la tontería de que no te conviene la compañía humana, por favor. Voy a preparar el desayuno y luego decidiremos qué vamos a hacer hoy.

—¿No se supone que tienes que ir a trabajar? —inquirió Willie.

—No. Dije que estaba enfermo y empecé mi fin de semana temprano. ¿Cómo te gustan los huevos?

—Con tal de que yo no los cocine, está bien.

—Muy divertido. Ahora solo tienes que esperar a que cocine algo.

Donald se afanó en la cocina, contento de tener a alguien para quien cocinar. La idea de que no había sido sincero con Willie le molestaba un poco, pero pensaba compensar en breve. O al menos pronto.

Salieron un rato, y luego Donald sacó sus catálogos de equipos adaptados para organizar los cambios en casa de Willie. Sin embargo, todo lo que descubrieron necesitaba ser ajustado e instalado, por lo que se hizo evidente razonablemente pronto que Willie no volvería a casa esta noche. Esto le molestó. Pero Donald estaba encantado.

Salieron al porche trasero después de la cena, pero esta vez no bebieron.

—Ha sido increíble —comentó Willie—. Espera, ¿qué has dicho que era?

—Pot-au-feu —dijo Donald—. Uno básico del libro de cocina de Julia Child.

Willie asintió temblorosamente.

—¿Qué? —inquirió Donald.

—No te entiendo —dijo Willie.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Cocinas como un puto chef; tienes una casa preciosa, atiendes a la gente como si tuvieras una misión divina...

—La adulación te llevará lejos en la vida. Por favor, sigue adelante.

—Lo que no entiendo es por qué no estás casado. ¿Cómo es que no has sido atraído al altar por alguna mujer realmente impresionante?

—No soy de los que se casan —dijo Donald categóricamente. Deseó poder tomar uno de esos whisky en las rocas ahora mismo.

—Eh. ¿Sí? Casi desearía eso. Me habría facilitado las cosas.

—De ninguna manera, Willie. No soy de los que se casan con mujeres.

La boca de Willie se abrió, luego se cerró y volvió a abrirse.

—¿De verdad?

—Sí.

—Oh. Bueno.

Donald miró por la ventana hacia el patio trasero, anhelando cualquier tipo de distracción. No había ninguna. Volvió a mirar a Willie.

—Así que, eh, ¿te parece...? —comenzó, inseguro de a dónde iba con esa frase.

—No es nada del otro mundo. Serví junto a un grupo de hombres LGBT. Donnelly fue uno de los hombres que murió en la explosión. Cuando todo se fue a la mierda, querrías tener una buena persona en tu escuadrón. Fue una maldita desgracia.

Donald se levantó y se sirvió un par de whiskys más.

—Por teléfono, su compañero me preguntó cómo había sido todo, y no supe qué decir. Yo no era consciente de lo que le había pasado. Solo veía los trozos.

Donald rellenó cada vaso con whisky.

—Le dije que había muerto rápido y sin dolor y que había muerto haciendo lo que era más importante para él. Así que, en esencia, mentí. Lo esencial para él era volver a casa con su pareja de diez años y tener la puta vida alegre que deseaba. Nunca estuvo en sus planes ser carne picada en Afganistán. En absoluto.

Donald le dio un vaso a Willie. Chocaron los vasos.

—Por Donnelly —murmuró Donald, tomando un gran trago.

—Por Donnelly —volvió a decir Willie mientras se bebía su vaso.

—¿Estás seguro de que te parece bien que sea gay? —preguntó Donald.

—Psssh. Sí. ¿Qué importa si yo no lo soy?

—Bueno, anoche terminamos en la cama juntos, y…

—Donald, puede que no te hayas dado cuenta, pero no estoy precisamente en plena forma para tener sexo. Así que, sé que no es lo que buscas —dijo Willie.

Donald asintió aunque sabía que no era el caso. Willie asintió también, sospechando lo mismo. Era mejor actuar como si todo estuviera resuelto.

—Deberíamos acostarnos ahora, antes de que se haga más tarde y nos pongamos demasiado borrachos —sugirió Willie—. No dormí mucho anoche.

—Sí, yo tampoco. ¿Por qué no te adelantas y te duchas, y yo te sigo?

—¿Hay una bañera ahí? ¿Y una puerta? —preguntó Willie.

—Sí, a Michael le gustaba usar la bañera. Le daba una sensación de ingravidez que parecía apreciar. ¿Quieres usarla?

—Eso sería fantástico. Desde que volví a casa, no me he bañado así desde que nuestra bañera era demasiado profunda para mí—. dijo Willie con una sonrisa.

—Bueno, lo puedes probar.

Entraron en el baño y Donald ayudó a Willie a quitarse la ropa y a meterse en la bañera. La cara de Willie se iluminó de placer cuando el agua caliente surgió para envolverlo. Parecía estar a gusto y contento. Donald trató de calmar su excitación, porque ver a Willie desnudo y mojado le había provocado una enorme erección.

Era magnífica su belleza. Era poderoso y musculoso de la cintura para arriba, pero por debajo de las piernas era frágil, pálido y con un vello negro y sedoso. Sus piernas seguían bien esculpidas a pesar de que la parálisis había hecho perder la mayor parte de sus músculos.

La polla de Willie era una belleza, y era la sección del centro la que dejaba a Donald sin aliento. Donald deseaba más que nada que su tacto la devolviera a la vida mientras descansaba a gusto sobre sus pelotas del tamaño de un huevo, balanceándose suavemente de un lado a otro en el agua corriente. Suspiró, pensando en el desperdicio de un cuerpo tan fantástico.

—¿Qué estás haciendo? —la pregunta de Willie lo sacó de su ensoñación.

—¿Qué? —respondió Donald, levantando la cabeza para encontrarse con su mirada.

—¡Amigo, me estabas mirando! —acusó Willie.

—¡No, no lo hacía!

Willie se rio y sonrió alegremente.

—¡Sí, lo hacías! ¿Sabes que nada por debajo de mi cintura funciona? No quiero que desperdicies tu tiempo.

Donald se quedó sin palabras y optó por ser clínico.

—¿Sabes que aún existe la posibilidad de que tu función sexual regrese?.

—Sí, lo sé. Pero ya no tengo muchas esperanzas en ello. Eso está en el pasado.

—¿Han comprobado si tienes erecciones nocturnas? —preguntó Donald con curiosidad.

—¿Qué? —dijo Willie.

—Pueden comprobar si tienes erecciones mientras duermes. Nos pasa a casi todos a lo largo de la noche, sobre todo por la mañana. Como cuando te despiertas con una erección y quieres que se te baje para poder meterte en la ducha sin que todo el mundo en la unidad te mire fijamente.

Willie se rio.

—¿Cómo lo ponen a prueba?

—Te ponen una banda de presión alrededor de la base del pene, y una sonda sube por las nalgas para tomar datos internos. Luego, descargan los datos para ver si te has empalmado por la noche —explicó Donald.

—¿Por qué estas pruebas suelen implicar que algo suba por las nalgas? Juro que las VAs son todas iguales. Todas nuestras fantasías pueden hacerse realidad si simplemente dejamos que se metan por el culo.

Donald sonrió, tratando de no pensar en las nalgas de Willie, que eran esculturales como todo lo demás en él.

—Así que no, no creo que me introduzca una sonda en el culo para comprobar si mi polla se endurece —dijo Willie, cerrando los ojos para disfrutar del calor del agua.

—Sin embargo, si se pone erecta a lo largo de la noche, sabrán que los nervios y los vasos

están todavía intactos, y podrán concentrarse en reanudar la función sexual normal —explicó Donald. Creía que podía haber una posibilidad, pero ¿estaba haciendo esa sugerencia para tener la oportunidad de tocar el pene de Willie?

—No creo que esté para eso ahora mismo, si sabes lo que quiero decir —comentó Willie.

—Bueno, hay un método más sencillo.

Los ojos de Willie se abrieron de golpe.

—¡Tenía un presentimiento! Quieres tocarla, ¿no?

Willie se rio al decir esto, lo que tranquilizó a Donald, pero lo dejó perplejo. Oh, cómo lo deseaba, y sin embargo no quería tenerlo. No podía.

—No. No quiero saltar sobre ti, por increíble que parezca —lo dijo, pero solo si Willie lo quería—. Estaba pensando que esta noche podría comprobar si te pones rígido mientras duermes. Así lo sabrás sin necesidad de que te metan algo por las nalgas.

Era una idea peligrosa, pero a pesar de ello, Donald estaba predispuesto a hacerlo. Ahora estaba conteniendo la respiración.

Willie reflexionó sobre este pensamiento antes de mirar a Donald.

—Solo en nombre de la ciencia, ¿verdad?

—Sí —le contestó Donald.

—Lo pensaré un minuto más —dijo Willie. Hubo una breve pausa mientras dejaba que el agua lo empapara con su calor antes de parpadear hacia Donald—. De acuerdo, me apunto —dijo Willie inmediatamente.

Donald tuvo que estar de acuerdo en que esto ciertamente ayudaría a Willie. Sin embargo, era la idea de tocar a Willie lo que le excitaba.

# Capítulo 6

# *Inesperado*

Donald no podía creer lo que estaba sucediendo a su alrededor. El tipo al que había asistido durante meses, con el que había desarrollado un fuerte apego, estaba en su casa y estaría en su cama, desnudo, esta noche.

Tras el baño de Willie y la ducha de Donald, entraron en el dormitorio y se detuvieron, algo incómodos, frente a la cama.

—¿Estás listo? —preguntó Donald.

Willie asintió con la cabeza.

—Listo.

Willie fue cogido por Donald y puesto de nuevo en la cama -su lado de la cama, como Donald se sorprendió a sí mismo pensando- y le quitó la camiseta. A continuación, le bajó los calzoncillos por las piernas y contempló con asombro la magnificencia del tipo que dormiría a su lado esta noche.

—¿Estás seguro de que podrás levantarte en mitad de la noche para ver cómo estoy? —inquirió Willie.

—¿Hablas en serio? No podré pegar ojo sabiendo que estás desnudo y vulnerable allí. Me esforzaré por mantenerme a raya —Donald pretendía ser divertido y auténtico a la vez.

—Sí, sí —dijo Willie mientras golpeaba a Donald con una almohada—. Acuéstate.

Donald se dirigió al lado opuesto de la cama y retiró las mantas.

—Eh... oh, espera un momento, compañero. Si yo voy a estar desnudo, tú tienes que estar desnudo también. Es justo.

Donald quiso que su polla no reaccionara al estímulo, pero no lo consiguió. No obstante, se desnudó y se metió en la cama. Mientras se tapaba la cabeza con las mantas, Willie se ganó una vista de su duro pene.

—Vaya. Incluso cuando el mío funcionaba, nunca llegó a ese tamaño.

—Eh, ¿gracias? —Donald estaba confundido sobre cómo reaccionar educadamente al comentario de un hombre heterosexual sobre el tamaño de su pene—. El tuyo también es bastante considerable —no, probablemente no era lo mejor que podía decir.

Willie se rio.

—Aquí hay algo que siempre he tenido curiosidad. ¿Qué es lo que encuentras tan atractivo en las pollas de los hombres? Yo disfruto con la mía y me pasé una buena parte de mi adolescencia prestándole toda la atención que pude, pero nunca he entendido realmente el atractivo.

¿Iban a tener esta discusión ahora mismo? ¿En su cama? ¿Desnudos?

—No es la gran cosa en realidad —dijo Donald—. Nunca ha sido el caso para mí. Tiene que estar relacionado con alguien que me guste, no solo por su aspecto, sino también por su

comportamiento y su carácter. Si alguien tiene una gran personalidad, da igual el aspecto de su pene. Lo disfrutaría, ya que lo adoro.

Willie hizo una pausa por un segundo antes de asentir.

—Creo que lo entiendo. Es similar a cómo los hombres heterosexuales ven las tetas. Si las tetas son buenas, te llegará a gustar su personalidad.

—No es lo mismo. En absoluto.

—Solo te estoy tomando el pelo —dijo Willie.

—Je, eso es muy bonito —respondió Donald. Esto iba a ser más difícil de lo que había previsto. Willie, ¿por qué tenías que ser tan jodidamente encantador?

—Bueno, buenas noches —murmuró Willie, bostezando—. Por favor, avísame si surge algo a lo largo de la noche, ¿vale?

Donald se echó a reír.

—Lo haré. Ahora vete a fantasear con supermodelos o lo que sea.

—¿Tienes algún concepto de cómo funcionan los hombres heterosexuales? —preguntó Willie sonriendo.

—No. No tengo ni la menor idea.

—Me sorprende. Me convenciste de quitarme la ropa y meterme en tu cama. Creo que podrías tener a quien quisieras, homosexual o heterosexual —Willie se rio.

Donald se esforzó por tomar aire.

—¿Donald?

—¿Sí?

—Gracias, amigo. Eres increíble por hacer esto —dijo Willie tirando de la manta bajo su barbilla.

—Es mi alegría. En serio.

—Lo sé —rio Willie, quedándose dormido en cuestión de segundos. Donald reconoció que dormir era una habilidad crucial para el despliegue.

Donald mantuvo una estrecha vigilancia sobre Willie durante toda la noche, buscando rastros de movimiento bajo la fina sábana que lo cubría. No había movimiento, pero Donald tenía suficiente para mirar: Los párpados de Willie, que se agitaban mientras dormía, sus abdominales que se tensaban al inhalar profundamente, su clavícula que sobresalía en alto relieve cuando sus músculos se tensaban como reacción a algo en su sueño.

Donald parpadeaba con largos y lánguidos movimientos de cabeza y se esforzaba por mantenerse despierto cuando la luz del día entraba en la habitación. Este es el factor más importante desde la erección previa a la vigilia y la señal de confianza. Mantuvo una estrecha vigilancia sobre la entrepierna de Willie, esperando detectar movimiento. Desesperado, retiró cautelosamente la sábana del cuerpo dormido de Willie para obtener una mejor visión. Avanzó lentamente hasta que su cara estuvo a menos de 30 centímetros de la entrepierna de Willie, lo suficientemente cerca como para ver el vello púbico enroscándose alrededor de la base de su polla dormida y las pelotas moviéndose ligeramente en su saco. Donald rezó en sus pensamientos para que el pene de Willie cobrara vida, cualquier cosa que le diera esperanza. Estaba poniendo total atención, pero seguía sin haber actividad. Mierda.

Donald lo vio justo cuando volvía a taparse con las sábanas. La polla de Willie se movía ligeramente, de forma palpitante; solo un suave vaivén con los latidos de su corazón. Luego comenzó a moverse, estirándose hacia arriba. Se alargó, gradualmente al principio, y luego con más rapidez a medida que la sangre fluida la llenaba y solidificaba. Donald estaba encantado, y tuvo que contener una risa por la sorpresa y el placer. No despertó a Willie, ya que al hacerlo

probablemente detendría la creciente erección; en cambio, quería ver lo dura que podía llegar a ser. El comentario de Willie sobre su erección se hizo desde una posición de fuerza, ya que se desarrolló hasta una longitud que sorprendió a Donald. Donald se alegró de que la de Willie fuera más larga, aunque algo más fina que la suya. Era impresionante. También estaba muy dura, lo cual era la noticia más agradable. No podía esperar a decírselo a Willie.

Se ajustó las mantas y volvió a apoyar su cabeza en la almohada. Sería una mañana agradable.

Pebbles los despertó de nuevo, expresando su descontento. Donald la arrancó de la cama y la habría tirado por la ventana si hubiera podido. Willie, por su parte, se había despertado y se dirigió a Donald.

—¿He fracasado?

Donald esbozó una sonrisa.

—No, pero sí has tenido una mañana muy dura.

Willie se alegró al principio.

—¡Viva! ¡Tengo una erección! ¡Cuando estoy durmiendo! —lo pensó un poco más—. Cuando no hay nada que pueda hacer con ella. Sí... —empezó a tartamudear.

—Oh, no seas tan duro contigo mismo. El hecho de que puedas tener una erección indica que la función existe. Ahora todo lo que tienes que hacer es trabajar en ella mientras estás despierto —dijo Donald.

—¿Pero qué pasa si puedo tenerla, pero no eyacular? Si no puedo correrme, una erección no me sirve de nada.

—Ese aspecto, por otra parte, no lo sabemos todavía. Puede que seas capaz de eyacular, pero no lo sabremos hasta que lo intentes —dijo Donald.

—¡Pero lo intenté! Lo intenté todos los días durante las dos primeras semanas, a veces varias veces al día. Lo acaricié, con el consolador de Juliet, y probé todo lo que se me ocurrió. No hubo suerte.

—Tal vez se necesita algún tiempo. Puedes intentarlo de nuevo —Donald sugirió.

—¿Ahora mismo, contigo mirándome? —Willie le dedicó a Donald una sonrisa amable.

*¿Cuál era el significado de esa sonrisa?* Donald no podía imaginar qué pretendía Willie.

—¡De ninguna manera! Dejaré que lo intentes por tu cuenta.

—¡Oh, Dios mío! Eres mi amuleto de la suerte, amigo, y no te vas a ir. Pero sin tocar, por favor —dijo Willie.

—Lo prometo. ¿Debo hacer la vista gorda? —preguntó Donald.

—Estabas mirando cuando ocurrió esta mañana así que no quiero que lo veas de nuevo. No quiero arruinarlo.

Donald sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo. Las cosas que se le ocurren a este hombre.

# Capítulo 7

# *Opciones*

Willie descorrió las sábanas, mostrando su polla en lo que parecía ser un sueño eterno. Enroscó sus dedos alrededor de ella con delicadeza, burlándose de ella con las yemas de los dedos y acariciando suavemente la cabeza y el largo y sedoso tronco. Donald se quedó embelesado al ver el método. Willie aumentó el ritmo, cambió el golpe y probó todo lo que pudo, pero nada funcionó. Bajó el ritmo, claramente insatisfecho.

—Bueno... —empezó.

—¡Espera! ¡Intentemos esto! —Donald buscó un frasco de lubricante que tenía junto a la cama—. ¡Toma!

Willie echó un vistazo a la botella antes de volverse hacia Donald. Asintió con la cabeza.

Donald abrió el frasco y echó un chorro de lubricante por la polla de Willie.

—Podrías haberla puesto simplemente en mi mano —bromeó Willie.

—Lo siento, me entusiasmé un poco —dijo Donald.

—Esperemos que se extienda.

Los dedos de Willie se deslizaron hacia arriba y abajo de su eje, el lubricante crepitaba. Su polla, sin embargo, se negaba a funcionar. Él lo intentó durante unos minutos antes de frenar al darse cuenta de que no iba a suceder. Miró a Donald, con el rostro marcado por la angustia. Luego desvió la mirada y se quedó quieto, mirando a la pared.

—¿Willie? Willie, no es tan horrible como parece. Todavía tenemos opciones.

Willie murmuró.

—¿Qué quieres decir exactamente con “tenemos”? Este no es tu problema.

—¡Claro que no lo es! Como chico homosexual, no me importa una polla flácida en mi cama.

Willie se rio para sí mismo. Volvió a prestar atención a Donald.

—Eres diferente —comentó—. Sigues luchando, no importa lo horrible que sea. Un hombre no puede estar triste mientras está contigo.

—¿No es para eso que están los amigos? —dijo Willie.

Willie reflexionó sobre esto y sobre cómo Juliet podría haber respondido a lo que acababa de ocurrir.

—Sí, supongo que tienes razón. Te agradezco que me hayas invitado a quedarme. Sé que aún tengo asuntos que resolver, pero me haces sentir que puedo hacerlo.

Bajó la mirada hacia el miembro flácido que tanto le había fallado.

—Es un poco divertido. Cuando eres joven, das por sentado que tienes una erección. Crees que siempre tendrás una, e incluso las obtienes cuando no las quieres, como cuando tienes que ponerte delante de una clase de oratoria. Nunca esperas enfrentarte a algo así. —parecía divertido —. Tenía un compañero en el instituto que estaba fascinado por ver cuántas veces podía correrse

seguidas —relató Willie.

—Así que empezó a trabajar en ello, y pronto nos informó de que podía correrse siete veces por hora. No le creímos porque, bueno, ¿quién haría eso? Pero él jura que lo hizo y que lo demostrará. Así que un día vamos a su casa después de la escuela, los cinco, y subimos a su habitación, y él simplemente se tira en la cama, se baja los pantalones y empieza a golpear. Nunca había visto algo así. Y dispara unos 20 segundos después de empezar, lo que fue una agradable sorpresa. Pero continúa golpeándolo, y pronto otro chorro viene. Esto continúa durante una hora, y está a punto de realizar el número siete cuando su madre entra en el cuarto. Nos dispersamos, y él intenta limpiarse y vestirse antes de que ella entre, pero acaba con grandes manchas de humedad en la camisa donde todavía tiene esperma en el pecho. Fue divertidísimo.

Donald se limitó a negar con la cabeza.

—Lo que hacen los hombres heterosexuales… es como si hubieras entrado en otro universo.

—¿Me vas a decir que nunca has hecho un circle jerk o algo así?

—En primer lugar, eso no era un circle jerk; era una performance de sexo en vivo. No, en segundo lugar. Quiero decir, ¿un grupo de hombres de pie en un círculo masturbándose unos a otros? Eso es extraño e irritante. Bien podría estar viendo porno si no puedo tocar.

—No estás ahí de pie mirándonos unos a otros.

—Entonces, ¿dónde se mira? ¿Y las normas están documentadas en algún sitio? Porque me gustaría leerlo —dijo Donald riendo.

—Eres un verdadero cómico, y eres un tipo ingenioso. Y lo del circle jerk no es extraño. Supongo que tenías que haber estado allí para entenderlo —dijo Willie.

—¿Es una propuesta? Si pudieras asustar a unos cuantos amigos atractivos como tú, estaría dispuesto a intentarlo —Donald volvió a reírse.

—Lo más difícil de estar paralizado es no estar capaz de dar una patada en el culo. Pero será un objetivo de fisioterapia para mí —Willie sonrió.

—Eso es lo esencial. Te toca a ti, grandulón. Vamos a correr 5 kilómetros antes del desayuno.

Después de que regresaran de su carrera, Donald preparó el desayuno mientras Willie preparaba el café: era importante para él realizar algo por su cuenta, y la casa de Donald estaba preparada para ello. Después de desayunar, se sentaron a hablar, lo que se había convertido en la actividad favorita de Willie desde que encontró a Donald atractivo. Donald, por su parte, simplemente descubrió que Willie era el tipo de sus sueños, con un gran inconveniente. Su sinceridad. Nadie era perfecto.

—Entonces —dijo Willie, limpiando el último trozo de huevo de su plato con una esquina del pan—, ¿la escuela culinaria forma parte de la formación homosexual necesaria?

Donald se limitó a mirar a Willie, sorprendido por su falta de conocimiento y sinceridad.

—Quiero decir, ¿todos lo hacen así de bien? —continuó Willie.

—Sin duda alguna. Es algo que todos aprendemos en el Campamento Gay —dijo Donald sarcásticamente antes de arrojar los platos al fregadero, probablemente con demasiada fuerza.

La acción sobresaltó un poco a Willie y se dio cuenta de que tal vez había hablado fuera de lugar.

—Me disculpo; no era mi intención insultarte —dijo Willie—. Solo estoy... bromeando —sonrió pero cuando Donald no le devolvió la sonrisa, se detuvo.

—No lo hiciste —dijo Donald tras una breve pausa—. Para ser un hombre tan abierto, parece que tienes muy poco con lo que trabajar, aparte de las ideas preconcebidas. ¿Has llegado a conocer realmente a alguno de los homosexuales que has conocido?

—Cuando estás en un escenario de combate, llegas a conocer a los individuos rápidamente. Y aprendes cosas importantes como: ¿Dispara bien? ¿Es capaz de sacarnos de este lío? ¿Está realmente de mi lado? No tenemos tiempo de hacer conversaciones superfluas. Y, no, no he conocido a ningún individuo homosexual aparte de los que conocí en mi viaje. Como resultado, algunos de mis pensamientos pueden ser un poco estereotipados. Lo siento; intento no ser así con todas mis fuerzas —Willie se disculpó.

—Simplemente me parece raro que seas tan tolerante con las personas homosexuales y, sin embargo, no entiendas lo que significa ser gay —dijo Donald observándolo desde su extremo de la mesa.

—Sí lo entiendo. Implica que debes ser tratado igual que los demás. Eso es lo que implica Estados Unidos. Por eso me inscribí para luchar por mi país —dijo Willie con mucho orgullo.

—Cuando dices eso, deberías levantar una bandera—. A su pesar, Donald sonrió, cautivado por el lado patriótico de Willie.

—Adoro a mi nación, aunque cometa errores de vez en cuando. Lo del Don”t Ask, Don”t Tell era una broma, y todos éramos conscientes de ello. Y todos nos sentimos aliviados de ver cómo desaparecía. Sigo encantado de vivir en una democracia en la que podemos admitir nuestros fallos y seguir adelante sin recurrir a un golpe de estado ni nada parecido. Estados Unidos es inflexible, lo que me parece fantástico.

—Eres definitivamente un patriota —dijo Donald con dignidad, levantando su taza de café en señal de saludo.

—Entonces, cuéntame ahora sobre este Campamento Gay —dijo Willie.

—Espera un momento, imbécil.

—Eso es exactamente lo que diría un heterosexual. ¿Estás seguro de que eres gay? Si descubren que hablas así, pueden romper tu carnet de socio —dijo Willie volviendo a sonreír.

—¿Un hombre heterosexual se quedaría toda la noche mirando tu polla? —preguntó Donald —. ¿Una persona homosexual se quedaría toda la noche sin tocarse la polla? —volvió a decir—. Que sea homosexual no significa que te vaya a meter mano mientras duermes.

—Sí, pero considéralo desde mi perspectiva. Tú dices que eres homosexual. Piensas que estoy caliente, y luego pasamos toda la noche desnudos en la cama, ¿y ni siquiera tienes un breve tacto? ¿Cómo no voy a sentirme ofendido? —dijo Willie sonriendo.

Donald solo miró a Willie, con la boca apretada. ¿Qué diablos significa eso?

—Yo no haría eso, Willie. Eres heterosexual y no quiero complicarte la vida. ¿Y cuáles serían las consecuencias si lo hiciera? ¿Cuál sería el resultado? —preguntó Donald.

—¡Amigo, cálmate! Estaba bromeando. Así que, este es el asunto: estoy intentando determinar si tengo o no una vida sexual por delante. Pasando por esto, estoy empezando a creer que nunca más seré una criatura sexual. La mujer que juró amarme en la enfermedad y en la salud echó un vistazo a mi triste y rota mierda y salió corriendo. Ahora, aprecio que seas homosexual, y confío en que no harás nada que pueda poner en peligro mi identidad sexual o cualquier otra cosa. Pero tienes que darte cuenta de que acostarte con una persona homosexual que ni siquiera está interesada en él es un poco decepcionante para alguien que cree que su vida sexual está finalizada —dijo Willie.

Donald volvió a quedarse perplejo. No se le ocurría nada que decir.

—Lo intentaré de nuevo —Willie dijo—. Mira, sé que esto es ilógico. No quiero que tengas relaciones sexuales conmigo. Pero quiero que quieras tener una relación sexual conmigo. ¿Te quedó más claro?

—Lo primero que has dicho tiene sentido —respondió Donald.

—Bien —dijo Willie.

—Es decir, es estúpido, pero funciona —dijo Donald.

—Vaya, gracias por tu ayuda.

—Considera lo que me estás pidiendo: que te diga que te deseo pero que no te toque. O que te alcance y te toque mientras duermes, ¿y luego qué? ¿Está bien si te digo que te he tocado? ¿Está bien si te miento y te digo que quería tocarte pero no lo hice? Willie, todo esto está a la vuelta de la esquina —dijo Donald.

—Cuando lo dices así, no tiene mucho sentido. Pero, para ser sincero, incluso en condiciones ideales, no estoy seguro de que el sexo tenga mucho sentido. Las mujeres dicen no cuando realmente quieren decir sí, excepto cuando el no significa no, excepto cuando el no debería significar siempre no, excepto cuando ocasionalmente significa sí. Ya no estoy seguro de lo que quiero, salvo que quiero volver a tener sexo, y quizá no sea demasiado exigente con el tipo —dijo Willie.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Donald, un poco mareado por los giros de la conversación.

—No estoy seguro. Te dejaría hacer lo que quisieras si pudieras arreglar mi polla —Willie respondió.

—¿Pero qué podría hacer yo que no pudiera hacer Juliet? —preguntó Donald. Muy buena pregunta después de todo.

—Oh, vamos. Todo el mundo sabe que los gays son mejores en ese tipo de cosas —dijo Willie.

La mandíbula de Donald se estaba acostumbrando a abrirse. Caramba, qué descaro el de este tipo.

—¿Qué, ahora? —se limitó a murmurar.

—Eso es lo que dirían casi todos los tipos de mi unidad. Si quieres amor, cásate con una buena mujer. Si quieres una buena mamada, busca un maricón —Willie se rio de nuevo.

—Encantador —dijo Donald un poco irritado por su actitud.

—Yo lo tomaría como un cumplido —dijo Willie con una sonrisa en la cara.

—¿En serio? —contestó Donald, dándole vueltas la cabeza.

—Claro —dijo Willie—. ¿Que los hombres heterosexuales reconozcan tu capacidad para realizar lo que haces? ¿Por qué eso no se considera un cumplido?

—Porque no hago mamadas. No soy un cliché andante; soy una persona real —contestó Donald con enfado.

Willie gimió exasperado.

—Bien, déjame intentar explicarte esto. No pretendía que esto fuera una gran discusión sobre la identidad homosexual y los estereotipos y lo que sea que estemos hablando. Simplemente intentaba decirte que eres un chef excepcional y que me gusta todo lo que creas. Y que eres un terapeuta fantástico y que me gusta lo que has hecho por mi cuerpo. Y me apoyaste cuando nadie más lo hizo, y te lo agradezco —dijo Willie.

—¿Me quieres? —exclamó Donald, demasiado parecido a una niña de secundaria.

—Claro que sí. Me acogiste, me ayudaste y estuviste ahí cuando nadie más podía hacerlo. Te adoro. Y quiero que sepas lo agradecido que estoy por todo lo que has hecho por mí.

—Bueno —comentó Donald, tratando de mantener la cabeza fría—, debo admitir que ha sido maravilloso volver a tener a alguien en casa conmigo. Y tu energía y empuje me inspiran. Y yo... hmm... Yo... te…

—Lo entiendo. No tienes que decir nada. Ustedes los hombres homosexuales son tan raros

con sus sentimientos —Willie se rio mientras salía de la cocina.

# Capítulo 8

# *Cruzando la línea*

Estaban de vuelta en la veranda por la tarde, viendo a las ardillas jugar en los árboles.

—¿Debería instalarte en la habitación de invitados por esta noche? —preguntó Donald.

Willie lo miró fijamente, evidentemente sorprendido por la pregunta.

—Debes pensar que soy horrible —resopló—. No puedes soportar estar cerca de mí, ¿eh?

Donald murmuró algo en voz baja.

—Tienes que dejar de hacer eso. He sido franco contigo; sabes que creo que eres hermoso, y que estaría encima de ti si eso fuera lo que quisieras. Pero eso no es lo que deseas. Entonces, ¿por qué pones esa cara de tristeza cuando te pregunto si te quieres cambiar a la otra cama? Willie, no puedes seguir haciendo esto.

—No estoy tratando de ser así. Solo quería... —la brusca aparición de lágrimas en sus ojos le hizo detenerse. Se limpió los ojos y resopló—. Solo quería decir que no creo que vuelva a ser atractivo para nadie. Saber que piensas que soy hermoso es lo único que me hace seguir adelante ahora mismo.

—Por favor, acepta mis disculpas, Willie. No era mi intención hacerte llorar. No puedo comprender lo que siento por ti —dijo Donald.

—Esto es como un enorme infierno.

—Entonces, ¿dormimos donde siempre hemos dormido, y se aplican las mismas reglas? —preguntó Donald. Quería asegurarse de que las reglas básicas estaban claras.

Willie se volvió hacia la mancha púrpura donde se había puesto el sol.

—No —murmuró finalmente en voz lo suficientemente baja como para que se le oyera.

—¿Qué has dicho exactamente? No te escuché —preguntó Donald.

—Dije que no —Willie murmuró mirando al horizonte.

El vecindario era tan tranquilo y encantador durante esta hora del día. Disfrutaba de los momentos en el porche, simplemente observando las calles mientras los vecinos caminaban por la acera o pasaba algún corredor ocasional. Le gustaba especialmente cuando Donald y él se sentaban a charlar. Era algo que no le había revelado a Donald. ¿Disfrutaba Donald igualmente del momento? No había duda de ello con solo mirarlo.

—No —Willie se quedó callado, sus ojos se desviaron hacia su regazo, y después de otro momento dijo—. No, no quiero que se apliquen las mismas reglas —Willie desplazó su mirada hacia Donald—. Me gustaría ver si puedes lograrlo.

Donald se removió en su sitio preguntándose si había oído bien.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Donald, tratando de contener su sorpresa.

—Hazlo —dijo Willie esta vez.

Donald estaba desconcertado.

—Lo siento si estoy siendo lento, pero ¿de qué estamos hablando? —sus manos se volvieron sudorosas mientras trataba de entender qué era exactamente lo que Willie le estaba pidiendo.

Los labios de Willie se movieron con una sonrisa.

—De lo que estamos discutiendo constantemente. De mi polla.

—¿Estás sugiriendo que quieres que te ayude a tener una erección? —preguntó Donald tratando de aclarar.

Willie se sonrojó, lo que fue un firme sí para él. Bajó la mirada.

—Sí. Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Quiero que lo intentes. Debo intentarlo —sus ojos seguían mirando su regazo. Donald no sabía si era porque le daba vergüenza admitir que necesitaba la ayuda de otro hombre o bien algo completamente diferente.

Por un momento, Donald guardó un silencio ensordecedor.

—No estoy seguro, Willie —dijo finalmente—. No estoy seguro de que sea una buena idea —una buena idea para él porque se sentía atraído por Willie y bien tocarlo sería como un sueño hecho realidad para él. ¿Pero era lo correcto para Willie a quien quería ayudar y no herir?

Willie levantó la cabeza, evidentemente asombrado.

—¿Por qué?

Donald gimió exasperado.

—¿Por qué? Porque cruza una línea. Y no estoy seguro de lo que sucederá después de pasar ese límite. Para nosotros, claro.

—No estoy seguro de lo que quieres decir. ¿Recuerdas cuando compré la nueva silla, y me dejó los hombros fuera de juego? ¿Y me diste un masaje todos los días durante una hora, ese mes? Me permitiste utilizar esta silla porque hiciste que fuera factible hacerlo. ¿Qué hace esto diferente? Simplemente me ayudarías a recuperar lo que había perdido. ¿No es eso lo que te caracteriza? —dijo Willie.

—Sí, sin embargo, es parte de mi trabajo. Este no es el caso —no reveló que la Administración de Veteranos solo permitía un masaje de 20 minutos dos veces por semana durante dos semanas, por lo que había estado trabajando fuera de horario para masajear a Willie el resto del tiempo.

—¿Así que ni siquiera vas a intentarlo? Sabes, Juliet nunca cruzaría este límite. Entró en pánico cuando el equipo médico le informó que podría intentar cualquier cosa. Si dices que no, me quedo sin alternativas —dijo Willie.

—Me gustaría ayudarte, pero es un gran riesgo —admitió Donald. Lo que Willie le pedía era mucho para él. Sus sentimientos por Willie ya eran difíciles de mantener a raya. ¿Y si lo perdía por completo? Temía perder lo que tenía con él ahora. Claro que quería más, pero solo si Willie quería. Y él sabía que Willie era un hombre heterosexual.

—Oye, si esto funciona, será increíble. Si no, no pasa nada. No perderé nada —pero Donald podía ver la tensión en los ojos de su amigo. La pequeña esperanza se desvanecía si no funcionaba. Pero, ¿y si lo hacía?

—No quise decir eso —dijo Donald.

—¿Y ahora qué? ¿Cuál es el peligro? —preguntó Willie.

—Nosotros —Donald susurró

Willie ladeó la cabeza, sin saber qué quería decir. Se sentó y esperó a que Donald continuara.

—¿Sabes esos “maricones” de los que hablaban tus amigos, los que sabían hacer mamadas? —Donald dijo muy firmemente lo que tomó a Willie por sorpresa por el sonido de su voz.

—Donald, mencioné que era algo que discutíamos en broma, pero…

—¿Cuántos de ellos, supones, eran compañeros de los imbéciles que los hicieron explotar?

¿Crees que salieron a tomar algo cuando el semen se secó? ¿Salieron alguna vez los fines de semana? —la voz de Donald subió de volumen.

—No sé... —Willie murmuró un poco tímido ahora. Tal vez sintiéndose un poco tonto por haber dicho lo que había dicho. Incluso arrepentido.

—Te lo explicaré. No. No eran amigos. Esos hombres eran nunca más vistos. Porque la única forma de seguir siendo machos era no mirar nunca al pequeño homosexual que se la chupaba. Si lo hacían, implicaría que eran maricones, y eso no lo pueden permitir, ¿verdad? —dijo Donald muy enfadado.

Donald temblaba de ira sin palabras y de algo más que hacía brotar lágrimas en sus ojos.

—Por eso no puedo hacerlo, Willie. No voy a arriesgarme. No voy a dejar que salgas de mi cama, que salgas de mi casa y que nunca mires atrás. Eso sería mi perdición. No puedo... No voy a... —su voz se quebró en pequeños y silenciosos sollozos, que trató de reprimir lo mejor que pudo. Era obvio que Willie no entendía nada de lo que sentía en ese momento.

Willie parecía angustiado. Miró la expresión de dolor de su amigo, figurando la causa de las lágrimas. Entonces se dio cuenta de por qué Donald estaba tan molesto. Y le hizo lamentar aún más sus palabras.

—¿Cómo se llamaba? ¿Quién fue el que te hizo esto? —dijo de repente. Los ojos de Donald se abrieron de par en par y le miró fijamente. Con la boca abierta, se quedó momentáneamente sin palabras. Tal vez Willie sí le entendía, quiso considerar.

Donald se sobresaltó. Intentó comprender cómo aquel tipo extraño y apuesto podía leerle tan bien. Los ojos de Willie se llenaron de empatía y sus cejas se alzaron en señal de alerta. Bajó la mirada a sus manos.

—Jason, Jason era su nombre. Cuando empezamos con la Asociación de Veteranos, compartimos una habitación. Willie, oh, Willie, era impresionante. Me enamoré perdidamente de él desde el momento en que lo vi. Hicimos todo juntos durante meses -cenas, películas, acampadas-, estábamos juntos las 24 horas al día, siete días a la semana. Era directo y dejaba claro que no había tiempo para una relación. Pero yo era demasiado joven e ingenuo para escucharle, así que insistí. Hacía cosas por él para demostrarle lo mucho que me importaba. Finalmente me dejó tocarlo una noche. No estoy seguro de por qué, tal vez simplemente estaba frustrado con las mujeres. No estoy seguro. Pero me permitió esa noche. Y me alegré mucho. Esperaba que mis deseos se cumplieran. Lo ataqué como un enjambre de putas hambrientas, y le encantó. Esa noche, se la chupé tres veces hasta que se cansó. Incluso me abrazó mientras dormía plácidamente a mi lado. Estaba en un lugar feliz.

Willie asintió, embelesado.

—Luego, cuando me desperté por la mañana, estaba vestido y saliendo por la puerta antes de que pudiera decir nada. Ese fue el fin de nuestra relación; nunca volvió a hablarme si podía evitarlo, y nunca pasó tiempo en la habitación mientras yo estaba allí. Solicitó un traslado al día siguiente y se fue en menos de un mes. Nunca pronunció una maldita palabra. Todo se acabó —Donald bajó la cabeza y se secó las lágrimas de los ojos. Parecía más avergonzado por lo que había revelado.

Willie puso una mano en el brazo de Donald. Donald fijó su mirada en él, mirándolo fijamente.

—Por favor, acepta mis más sinceras disculpas —Willie le dijo a Donald.

—Willie, no puedo permitir que nos pase eso. Es como si se hubiera descargado un veneno y se hubiera acabado. No quiero perderte como amigo. Claro que puedo querer más de ti, pero tengo que ser realista con lo que tú quieres también.

—No me vas a perder —Willie le aseguró. Pero a Donald no le bastaba con que Willie lo dijera. Había algo más en juego.

—Eso es lo que estás diciendo ahora, pero nunca se sabe lo que va a pasar.

—Sí, lo sé —dijo Willie una vez más—. Cuando hay sexo de por medio, ¿cómo puedes predecir lo que va a pasar? Quiero decir, he estado con mujeres normales, pero que luego se han vuelto completamente locas una vez que llegamos a la cama. A la mañana siguiente, todo está al revés, y no tienes ni idea de lo que ha pasado.

—Eso es un poco inusual, Willie —dijo Donald.

—¿Por qué? Sé que los hombres y las mujeres responden de manera diferente al sexo, pero ¿estás afirmando que los chicos están seguros de hacer lo mismo? ¿Cómo puedes predecir lo que ocurrirá? —dijo Willie.

—Porque a los heterosexuales no les atraen los hombres homosexuales. No va a funcionar. No por mucho tiempo, en todo caso. Claro, podría haber chupado a Jason todas las noches durante nuestra estadía, pero habría llegado a su fin. Habría querido tener una verdadera relación con él, y él estaría buscando a la señorita correcta. Ahí no hay esperanza de una conclusión feliz —dijo Donald con tristeza.

—¿Así que no crees que los individuos puedan cambiar de equipo? ¿Podemos hacer solo una cosa? —preguntó Willie.

Donald miró a Willie como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—¿En serio intentas convencerme de que la próxima persona heterosexual que consiga llevarme a la cama descubrirá de repente que le encanta mi sentido de la cocina y la decoración y decidirá, qué demonios, que también puede empezar a ser homosexual? ¿Es eso lo que estás diciendo? Eso simplemente no ocurre donde yo vivo, en la realidad —dijo Donald, que se mordía el labio mientras hablaba. Ya sea por rabia o por frustración.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Willie.

Donald le tenía que explicar todo, otra vez.

—Piénsalo bien, confianzudo. ¿Qué probabilidad hay de que mañana te despiertes y decidas que vas a estar metido en... cualquier lío que hayas utilizado? ¿Y qué hay de las “cosas” de los chicos? ¿Qué probabilidad hay de que ocurra?

Willie se quedó callado durante un rato. Estaba examinando su regazo. Era prácticamente inaudible cuando hablaba.

—Sería más sencillo.

—¿Qué? —Donald no podía creer lo que decía.

—Afirmé que simplificaría muchas cosas.

—¿Eso qué significa? —dijo Donald casi con frustración.

Willie tragó saliva y enseguida dijo.

—Significa que si pudiera despertarme mañana y descubrir que te amo -no solo como mejor amigo, sino que te amo- mi vida estaría completa. Eres el hombre más dulce y agradable que he conocido. Me has abierto tu casa, por no hablar de tu cama, y me has tratado como si fuera importante. Sería encantador quedarme aquí y comer tu comida, reírme de tus chistes e irme a la cama cada noche sabiendo que nunca más estaré solo, ya que sabes todo lo mal que me ha ido y todavía me quieres. Por primera vez desde que empezó todo esto, sería realmente feliz, y estaría encantado —dijo Willie.

Hubo una breve pausa y ahora parecía que Donald no sabía qué decir. Se quedó en su sitio. Había confusión y desesperación en su rostro.

—Dios mío, Willie —Donald se sentó un rato, asimilándolo todo—. No tengo palabras.

—¿Qué tal si sacas tu manual de instrucciones del Campamento Gay y preparas una poción para volverme gay? —dijo Willie.

—No puedes obligar a alguien a ser homosexual —dijo Donald, poniendo un poco los ojos en blanco. No sabía si continuar con esta conversación. Todo el asunto no tenía sentido.

—No con una poción, es decir. Pero hay otra opción que podría funcionar. Solo tienes que intentarlo.

Los ojos implorantes de Willie y su hermosa sonrisa atrajeron la atención de Donald. Dios mío, ¿iba a hacer esto?

—Necesito saberlo primero, Willie. No vas a levantarte y partir mañana. Pase lo que pase, tenemos que poder hablar de ello, ¿vale? —dijo Donald.

Willie dijo:

—Depende de lo que haya para desayunar —y luego esa sonrisa—. Te prometo, lo juro solemnemente, que me quedaré pase lo que pase. Voy a cambiar tu opinión sobre los hombres heterosexuales.

Donald asintió temblorosamente.

—Sé que soy tonto, pero voy a hacerlo de todos modos. Porque me importas, por favor, tenlo en cuenta. No lo hago porque seas atractivo. Porque eres mi mejor amigo, lo estoy haciendo.

—¿Quieres decir que no soy atractivo? Si esto no te excita, ¿qué clase de marica eres? —se quitó la camiseta de un tirón y mostró sus abdominales, revelando los ocho músculos.

—Joder —eso fue todo lo que Donald pudo decir mientras escaneaba el tonificado físico de Willie—. Muy bien, vamos.

—Nos estamos entendiendo ahora —Willie se dirigió hacia el dormitorio, y Donald lo siguió, fascinado por los músculos que se movían por sus anchos y poderosos hombros.

Willie se acurrucó junto a la cama cuando entraron en el dormitorio. Se agachó y se levantó sobre ella, y luego se giró para adoptar lo que él creía que era una actitud despreocupada y ansiosa. Donald se quedó mirando mientras aflojaba el cordón que ceñía la cintura de sus pantalones de chándal y los deslizaba hacia abajo. Como resultado, solo llevaba puestos sus calzoncillos blancos. Se volvió para mirar a Donald.

—He pensado en dejarte algo para que lo desenvuelvas. Ya sabes, para aumentar el suspenso —sonrió.

—Eres un tipo considerado —dijo Donald. Estaba secretamente aliviado de que Willie se hubiera dejado los calzoncillos puestos. En su relajada postura en la cama, parecía un modelo.

Donald tuvo entonces que decidir cómo proceder. Trabajando tanto, tenía pocas opciones para salir con alguien, y con Michael al que cuidar, tenía poco tiempo: los pocos chicos que había llevado a su cama habían llegado allí como una progresión lógica desde que se besaban en la sala, por ejemplo, o se enjabonaban en la ducha. Esto era único. Willie estaba allí, esperando que él hiciera el primer movimiento, y solo él para hacer el primer movimiento. Parecía un poco extraño. Sexy, pero un poco extraño.

Donald se puso en su lado de la cama. Le dedicó a Willie una sonrisa algo incómoda antes de mirar el trabajo que tenía delante.

Willie respiró profundamente mientras buscaba a tientas la cintura de sus calzoncillos. Se echó hacia atrás.

—¿Estás bien? —dijo con ansiedad.

—Sí. Solo estoy un poco preocupado —prosiguió tras ver la respuesta de Donald—. ¡No se trata de ti! Simplemente me preocupa si esto va a funcionar o no. Eso es todo. Miedo a cagarla —sonrió.

—Todo bien, entonces —respondió Donald—. Voy al ruedo.

Se bajó los calzoncillos enganchando los dedos bajo la cintura. Aquella magnífica polla apareció, asentada sobre aquellos exquisitos huevos. Al verlos, su belleza se sumaba a la tragedia de su disfunción. Era como conducir un Ferrari sin motor. Donald se quitó los calzoncillos y los tiró.

Se quedó mirando a Willie, que estaba tumbado en la cama frente a él, y se asombró de las circunstancias que le habían traído hasta aquí. Si su convoy hubiera partido un poco más tarde, si Juliet hubiera sido un poco más solidaria, si... si... Pero estaba aquí, y quería esto, así que estaba bien.

Willie agarró la mano de Donald y lo detuvo cuando iba a por la polla de Willie.

—No harías esto completamente vestido con alguien con quien lo estás haciendo, ¿verdad?

Donald negó con la cabeza, desconcertado... y a la vez seguro de a dónde conducía esto.

—Willie, no estoy seguro de que sea una buena idea que me quite la...

—Mira —dijo Willie, interrumpiendo—. Muy bien, te contaré un pequeño secreto de hombre heterosexual. A veces no tenemos ganas de tener sexo. Quizás ha sido un día duro, o nos han gritado en el trabajo o queríamos dormir. Pero, si no se nos levanta, tendremos que hablar de ello. Sobre nuestras emociones. Sobre nuestra amistad. Y como ningún hombre heterosexual quiere pasar tres horas haciendo eso, buscamos la manera de levantarlo. Y el mejor método que he descubierto para lograrlo es entrar a su vagi...

—¿Podríamos hacer esto sin mencionar las partes femeninas? Por favor —suplicó Donald poniendo los ojos en blanco.

—Por favor, ten paciencia conmigo por un rato. Valdrá la pena. Ir al centro es la solución, ya que nada le hace más cosquillas al miembro que saber que está a punto de correrse. ¿Sabes que la haces feliz cuendo ella gime por ti? Cada vez con más fuerza.

Donald sacudió la cabeza, perplejo.

—¿Por qué estamos discutiendo esto?

—Porque estoy diciendo que saber que a la otra persona le gusta a veces marca la diferencia. Por eso quiero que te la quites —explicó Willie.

—Sigo sin entenderlo —gimió Donald, quitándose a pesar de todo la camiseta por encima de la cabeza—. ¿Estás contento? —dijo entonces.

—¿Qué diferencia hay para determinar si te interesa o no? No lo veo —luego hizo una pausa, mirando como los ojos de Willie se desplazaban por su cuerpo. Casi tuvo ganas de cubrirse cuando se movieron lentamente hasta su cintura. Y realmente sintió el movimiento de su polla dentro de sus pantalones cuando los ojos de Willie se posaron entre sus piernas.

—¿Qué? Quieres ver mi... oh, Willie, tienes que estar bromeando —preguntó Donald. Entonces comprendió.

—Hablo muy en serio. Si pudiera ver que te divierte sacarme de quicio, creo que sería una gran ayuda.

Los ojos de Donald se abrieron de par en par, y su boca quedó abierta. Había un latido en su pecho y dentro de su cabeza, pero estaba seguro de sentirlo también en su polla. No hay duda, estaba perplejo.

—¿Por qué ... eres un tipo heterosexual ...? Por otro lado, Jason nunca quería verme desnudo. Y ahora quieres que yo...

Willie agarró los dos hombros de Donald.

—Yo no soy... Jason —dijo lentamente y con fuerza, mirando fijamente a Donald—. No le importaba si te gustaba o no. A mí sí me importa. Él te abandonó. Yo no voy a hacerlo.

—Willie, sí, yo... No tengo palabras. ¿Estás seguro?

—Lo estoy —se limitó a decir Willie.

Donald se levantó de la cama. Se desabrochó los vaqueros y se los quitó. Entonces se dio cuenta de que Willie le miraba fijamente. ¿Estaba tratando de evitar convertirse en Jason? ¿Los hombres heterosexuales miraban así? Se desnudó y se puso de pie junto a la cama, con su polla medio dura apuntando directamente a Willie. Normalmente, un espectáculo así avergonzaría a Donald, pero esta vez quería saber que Willie no entraría en pánico cuando se le presentara la erección de otro hombre. No lo hizo. Le echó un vistazo y luego miró a Donald.

—Bueno, eso es todo un cumplido —respondió, señalando la polla de Donald—. ¿Lo he hecho yo?

Donald asintió con la cabeza.

Willie suspiró y se recostó en el cojín, con las manos juntas detrás de la cabeza.

Donald se encogió de hombros y se subió a la cama, desnudo y despreocupado, antes de estirarse junto a Willie. Este se estiró de nuevo hacia la magnífica polla, rodeándola con sus dedos. Su polla reaccionó inmediatamente, palpitando con toda su fuerza y urgencia. Frotó sus dedos arriba y abajo del pene de Willie antes de bajar para hacerle cosquillas en los huevos. Willie soltó un grito ahogado, como si no hubiera esperado que sus pelotas estuvieran en el menú de hoy. Pero suspiró y sonrió, indicando a Donald que podía seguir.

—Puedo sentir todo lo que estás haciendo, y es increíble —dijo en voz baja.

—Solo estoy empezando —dijo Donald con ternura.

Donald volvió a llevar su mano a la polla de Willie y la acarició intencionadamente. Se echó un chorro de lubricante en la mano después de volver a coger el bote de lubricante. Calentó el gel en su mano antes de extenderlo junto al miembro de Willie. Brillaba a la luz del sol, una maravilla resplandeciente. Siguió acariciando, acelerando su ritmo; se acercó con la otra mano para acariciar la parte superior de su cabeza -solo la punta-, lo que normalmente le hacía ponerse en marcha.

—Eres un profesional —dijo Willie con aire soñador—. ¿Esto también te pone en marcha?

—Mira —dijo sencillamente, echando unos centímetros hacia atrás para mostrar su polla dura como una roca. Willie echó un vistazo.

—¡Espera un momento, hombre! ¿Esto ocurre siempre? Quiero decir que es grande.

—Nunca había pasado nada parecido —dijo Donald—. Tú me hiciste esto, por tu magnífico físico y tu caliente polla. Nunca he sido tan grande porque nunca he estado con alguien tan increíble —aunque no eran del todo exactas en todos los detalles, estas declaraciones tuvieron el impacto deseado en Donald.

—Oh, joder —exclamó Willie, poniendo los ojos en blanco.

Entonces Donald lo sintió. La polla de Willie se agitó, incluso palpitó, y lo sintió. No estaba seguro de si esa era la señal que buscaba al principio, pero luego sintió otra, y luego otra. Redujo la velocidad de sus movimientos, palpando su camino para ver si la circunferencia aumentaba. Estaba seguro de que así era. Luego, desapareció tan rápido como lo pensó, y la polla de Willie volvió a su posición de reposo. Donald comprendió que debía seguir intentándolo.

—He estado con algunos hombres atractivos antes, pero tú eres el más sexy —dijo, sabiendo que el impacto de sus palabras tenía algún efecto en la polla dormida de Willie—. Me siento débil por tus músculos. Y tus ojos me calientan tanto que puedo perderme en ellos. Y tu polla, oh Dios mío, es la cosa más bonita que he visto nunca. Te deseo tanto que puedo saborearla, y te deseo ahora. Eres todo mío; eres todo mío —esto era verdad, y Donald se dio cuenta mientras lo decía.

Willie suspiró, y el dolor comenzó a regresar. Donald aceleró su ritmo al ver que las nalgas de Willie hacían ligeros movimientos de empuje, como si los músculos dormidos de su polla estuvieran despertando. Ahora se estaba endureciendo, y era increíble. Donald continuó con sus caricias hasta que la polla de Willie tuvo el tamaño de una barra de acero en su palma.

—¡Lo has conseguido! —exclamó Donald, asombrado por la abrasadora dureza de su mano.

Willie abrió los ojos y miró hacia abajo. Sonrió como un joven que acaba de aprender a masturbarse al ver a su viejo amigo palpitando hacia él.

—¡Oh, Donald! ¡Que te den! —gritó—. ¡Has cumplido tu objetivo! ¡Me has arreglado! Oh, Dios mío, ¡te adoro!

No fue hasta que Donald se dio cuenta de que había estado empujando su polla erecta a lo largo de la parte inferior del muslo de Willie en sincronía con su que reconoció lo que había estado haciendo. Sintió que un orgasmo incontenible y apasionante lo atravesaba, para su sorpresa. El torrente de semen estalló, corriendo por la pierna de Willie y salpicando la ropa de cama. Intentó ignorarlo para seguir frotándose, pero Willie lo notó.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh! —gritó Willie, con las manos agarrando las sábanas. Donald temblaba de placer al estar claramente al borde de un colapso mientras su clímax se desvanecía en oleadas. Apretó el agarre y continuó acariciando, pero entonces...

—¡Para! —gritó Willie—. ¡Oh, Dios mío, para! —lloraba y tensaba todos los músculos de su cuerpo. Asustado, Donald dejó caer la polla.

—¿Qué pasa, Willie? —parecía preocupado; los ojos se abrieron de par en par, la boca bajó ligeramente—. ¿Qué pasa exactamente?

—¡Calambre! ¡Horrible, espantoso calambre! Oh, Dios mío, ¡algo se ha congelado ahí! ¡En mis tripas, es como una roca! ¡Detenlo!

Donald saltó de la cama, corrió al cuarto de baño y empapó una toalla de mano en el agua más caliente que pudo sacar del grifo. Se apresuró a volver a la cama y envolvió la toalla caliente sobre la entrepierna de Willie, envolviendo su polla, sus pelotas y las zonas de abajo en un calor húmedo. Rezó para que esto ayudara y para que lo hiciera rápidamente.

—Ugh, ahora está empezando a desvanecerse. Dios mío, ha sido horrible. Supongo que las cañerías aún no están preparadas para esto, ¿no? —Willie se rio débilmente, el sudor en su frente indicaba que estaba tratando de fingir su camino a través de la agonía.

—¡Lo siento, Willie! Todo esto es culpa mía...

Willie intervino:

—No. Estuviste asombroso. Hiciste precisamente lo que te pedí. Y lo hiciste mejor que nadie antes. Jamás. Y no voy a ir a ninguna parte. ¿De acuerdo? —Donald permaneció mudo—. ¿De acuerdo?

—Muy bien —dijo Donald, con su inquietud disipada.

—Ahora, ¿qué tal si te limpias el chorro que me has disparado en la pierna con esa maravillosa toalla húmeda? —Willie sonrió—. Por cierto, estaba jodidamente caliente.

Donald hizo lo que le dijeron e intentó explicar su extraordinaria suerte. ¿Cómo se había metido en su cama este hermoso espécimen?

—Ya está —sonrió limpiándose la pierna con la toalla—. Me disculpo por la eso.

—No te disculpes. Solo explique lo que ocurrió —dijo Willie.

Donald sonrió.

—Porque estás locamente caliente.

—¿Y? —Willie presionó para obtener más.

—Porque verte luchar me obligó a correrme —dijo Donald.

—¿Y?

Donald tomó un respiro.

—Porque dijiste que me amabas —Donald admitió—. Me he corrido porque... te amo.

—Maldita sea —murmuró Willie mientras se reclinaba en su cojín—. Ahora, intentaré descansar un poco y tratar de deshacer este esguince en mis músculos del semen, o lo que sea que se haya ido a la mierda allí.

Hombres. Donald se levantó de la cama, se vistió y fue a la cocina, cerrando la puerta tras de sí.

# Capítulo 9

# *Experimento científico*

—¿Willie? —Donald gritó desde detrás de la puerta cerrada—. La cena, Willie.

Abrió la puerta al no oír respuesta. Willie estaba profundamente dormido y descansaba exactamente donde Donald lo había dejado unas horas antes. Seguía desnudo, sin taparse en el calor de la tarde, y respiraba tranquilamente. Donald sacudió la cabeza, perplejo por cómo Juliet podía mirar a ese tipo tan encantador y sospechar que había algo terriblemente malo en él.

Al acercarse a la cama, vio que la polla de Willie era más grande de lo habitual y apuntaba hacia arriba, para su asombro. Esto es un indicador bastante positivo. Se estiró y rozó lentamente sus dedos a lo largo de su longitud sin pensarlo.

Willie se puso de pie de un salto, con ambas manos agarrando dolorosamente la muñeca de Donald. Sus ojos estaban desorbitados, su respiración era superficial y cada músculo de su cuerpo estaba tenso.

—Willie, eso duele.

Willie pareció volver al oír la voz de Donald, y soltó su agarre y se echó hacia atrás.

—Lo siento, pero me sobresalto un poco cuando me despierto —se volvió para mirar a Donald—. ¿Te he hecho daño de verdad, o qué?

—No —respondió Donald mientras se frotaba la muñeca—. La culpa fue mía. Me di cuenta de que estabas duro, y quería saber cómo se sentía —continuó frotándose la muñeca—. Realmente no debería haberlo hecho.

Willie asintió temblorosamente.

—¿Cuándo te lo meterás en la cabeza, hombre? Esto está bien para mí. No me importa que me mires. No me importa si me tocas. Estoy bien con... contigo —hizo una hermosa sonrisa.

—Esto es difícil para mí ya que es tan nuevo para mí —Donald dijo.

—¿Y no lo es para mí? —dijo Willie—. Creo que soy el más novato aquí.

—Sí —dijo Donald—. Supongo que sí —hubo un momento, un silencio casi incómodo en el que los ojos de Donald miraban la polla flácida de Willie. Solo cuando los ojos de Willie se fijaron en los suyos, Donald se dio cuenta de que había estado mirando demasiado tiempo. Sin embargo, Willie no era lo que esperaba de nuevo. El tipo se limitó a sonreír y rompió completamente el silencio con—: ¿Qué preparaste para cenar?

Donald se aclaró la garganta, un poco avergonzado por haber sido sorprendido, pero agradecido por la interrupción de Willie.

—Algo único. Vamos.

Willie se acercó al borde de la cama y se subió a la silla. Donald lo detuvo cuando se disponía a salir de la habitación.

—¿Desnudo? —preguntó Donald examinándolo, no pudo evitar mirar. Antes de que sus ojos se desplazaran al piso.

—¿Qué hay para cenar? —Willie simplemente dijo volviendo a sonreír—. ¿Hay un código de vestimenta ahora?

—Por el amor de Dios, Willie, no puedes esperar que coma con eso delante —dijo Donald señalando el cuerpo de Willie.

—Muy bien. Coge mi chándal y vámonos. Estoy empezando a sospechar que no eres homosexual. ¿Quién no querría cenar delante de esto? —volvió a decir. Y fue en este momento, cuando se agarró la polla y la agitó hacia Donald.

—Y empiezo a sospechar que no eres heterosexual, así que estamos en paz —puso los ojos en blanco y sacudió un poco la cabeza—. Vamos, la comida empieza a enfriarse.

Willie olió el aire al entrar en la cocina, como era su costumbre cuando se acercaba el almuerzo. Juliet nunca había sido una gran cocinera, y el Ejército no era una excepción. Pero, ¿y Donald? Ese hombre era un experto en la cocina.

Algo en el aire le hizo detenerse. Olfateó, poco convencido.

—¿Lo hiciste, Donald?

—Sí, lo hice —dijo Donald sonriendo haciéndole un gesto y caminando hacia adelante—. Ahora ven aquí y come.

Willie se acercó a la isla de la cocina, atónito ante el plato que tenía delante. Levantó los ojos hacia Donald.

—¿Cómo te has enterado?

—Uno de los médicos de mi clínica había estado en Alemania y había tratado a un soldado de tu regimiento —Donald dijo mientras Willie miraba la comida que tenía delante, con los ojos abiertos y la boca casi babeando—. Afirmó que la persona le habló de una señora local cuya comida tenía fama entre ustedes —continuó.

Willie asintió con la cabeza.

—Era una señora mayor que vivía cerca de la base en una pequeña cabaña con su nieta, la única superviviente de su familia —Willie recogió su tenedor mientras Donald lo observaba desde el otro extremo y continuó su relato—. Ella complementaba sus ingresos preparando alimentos locales y ofreciéndolos a las tropas que patrullaban la zona. Cuando expulsamos a los talibanes que la atormentaban, nos sirvió este maravilloso guiso de cordero con azafrán —Willie se llevó el tenedor a la nariz.

—¡Holía igual que esto! —exclamó Willie.

—Bueno, antes de que tu chico llegara a Alemania, la convenció para que le diera la receta, que luego se la pasó al médico —los ojos de Willie brillaron mientras inclinaba un poco la cabeza y Donald continuó con la historia—. Dijo que eso era lo más agradable que podía llevarse de todo eso.

—Tenía que ser Benny —Willie finalmente dijo emocionado—. El hombre estaba obsesionado con comer. Un día, patrullando, fue alcanzado por un disparo —dijo recordando momentáneamente los eventos de ese día—. Hombre, aniquilamos ese lugar.

Willie se inclinó sobre el plato y tomó un gran respiro.

—¿Pero por qué —se preguntó—, enviaría a su médico una receta de guiso de cordero afgano?

Donald hizo una pausa.

—Porque —dijo, dando un largo suspiro—. Porque sabía que no lo conseguiría —dijo bajando la cabeza, solo después de un minuto levantó los ojos para volver a mirar a Willie. Hubo

una pausa, Willie no devolvía la mirada estaba mirando el plato y asimilando todo lo que Donald acababa de revelar. Tardó un momento—. Y quería difundir las pocas noticias positivas que pudiera —Donald finó.

Willie levantó la mirada ahora, con una tajada de agonía sobre su rostro.

—Por favor, acepta mis disculpas, Willie —luego dijo, estudiando la agonía en el rostro de su amigo—. Creí que lo sabías.

Willie sacudió suavemente la cabeza. Exhaló, y una expresión familiar de resignación sustituyó a la angustia. Ya había estado aquí demasiadas veces como para que esta nueva le doliera más.

Entonces se inclinó para olfatear una vez más.

—Benny tenía razón. Esto es lo mejor que podría haber sacado de allí.

Saboreó un bocado del guiso.

—Dios mío, Donald. Eso es. Esto es precisamente lo que quiero decir —dijo mientras masticaba lentamente, tomándose su tiempo para apreciar el sabor de cada uno de los ingredientes presentes en su boca—. ¿Cómo lograste esto?

—Recibí la receta y salí a buscar todos los suministros —admitió Donald, con una sonrisa cada vez más amplia en su rostro—. No fue sencillo ya que algunos son bastante extraños. Pero quería hacerlo por ti. Como resultado, lo hice —se sintió un poco orgulloso.

Willie lo miró con los ojos entrecerrados. Asombrado por lo que había hecho, sabiendo que le había costado mucho hacerlo todo bien. Lo apreciaba y trataba de demostrarlo en su rostro. Pudo ver que Donald estaba orgulloso de su determinación. Un verdadero amigo se desvive por hacer algo significativo para otro.

—¡Debes haber trabajado durante semanas en ello! —se apresuró a decir.

—Fue más bien un mes y medio —Donald se rio a carcajadas—. ¿Pero no crees que ha merecido la pena?

Willie bajó el tenedor.

—¿Hiciste esto por mí? —preguntó, con una pequeña sonrisa dibujada en sus carnosos labios.

—Por supuesto que sí —dijo Donald—. ¿Por quién más lo haría?.

—Sin embargo, empezaste a planearlo mucho antes de saber que estaría aquí. Esto es mucha molestia para hacer pasar a alguien que estaba... um… —dijo Willie. Su voz sonaba un poco sospechosa de las intenciones de Donald.

—¿Indisponible? No lo dije en un esfuerzo vergonzoso por seducirte, lo creas o no. Quería hacer algo único para ti ya que disfruté trabajando contigo y pensé que te gustaría. Eso es todo —dijo Donald.

Willie asintió temblorosamente.

—No estoy seguro de creerte —lo observó con agudeza desde la mesa—. Y yo que pensaba que me estabas atrayendo a la cama con tu increíble cocina, pero resulta que simplemente eras la persona más amable —se rio.

—¿Habría funcionado? —Donald se quedó mirando—. ¿Te habrías acostado conmigo después de un solo bocado?

Willie tomó otro gran bocado.

—Creo que lo habría hecho —esas palabras hicieron que las entrañas de Donald se agitaran y sus ojos se fijaron de nuevo en Willie. Había un remolino que se estaba formando en la boca de su estómago y no estaba seguro de que eso fuera normal o simplemente algo que había comido y que lo estaba enfermando—. Lo que has hecho aquí es bastante notable.

—Ja, ja —se rio Donald.

—Creo que he descubierto la poción del Campamento Gay —Willie sonrió devolviendo el guiño.

—Come, creo que acabas de llegar a la bi-curiosidad, y quiero que estés ardiendo por la noche —dijo Donald.

Willie gritó:

—¡Sí, señor! —y se zampó el guiso con gusto.

Después de la cena, se sentaron en el patio, conversando y leyendo mientras veían la puesta de sol. Willie estaba preocupado aunque todavía era temprano.

—¿Cómo te va, amigo? —inquirió Donald, al ver la agitación de Willie.

—Me gustaría volver a intentarlo.

—¿Qué debería intentar? —el remolino y la inquietud en la boca del estómago resurgieron ante esas palabras—. Hay más guiso si te refieres a eso —bromeó Donald.

—Gracias, pero no me refería a eso —volvió su atención hacia Donald ensanchando una sonrisa en su rostro—. Me refería al experimento que hemos realizado esta tarde.

—Ah. ¿Crees que estás preparado para volver a hacerlo? Esos calambres han sonado muy mal.

—Estaba pensando en ello —dijo—. Verás, querían que Juliet probara ese método, pero se asustó con él.

—Me temo que no podré asistirte si requiere agitar las tetas en tu cara —dijo Donald.

—Muy divertido. Pero no, verás, querían que me frotara la próstata, para que las cosas se pusieran en marcha desde dentro —dijo Willie.

Donald lo pensó.

—¿Creían que iba a funcionar? —preguntó.

—Era una posibilidad remota. Sin embargo, después de hoy, creo que puede ser beneficioso. Ahí estaban mis calambres, me pregunto si evitaría que se repitieran.

Donald reflexionó durante un momento.

—Sabes, dudo que uno de cada diez heterosexuales de nuestra edad sepa siquiera dónde está su próstata, y mucho menos qué se siente —dijo—. ¿Cómo llegaste a estar tan cerca de la tuya?

Willie enrojeció un poco -bastante adecuadamente, pensó Donald.

—Bueno, este médico estaba en una de las bases por las que yo rotaba. Tenía fama de ser demasiado meticuloso con los exámenes físicos, si sabes a qué me refiero. De todos modos, me preguntó si me había hecho un examen de próstata últimamente, y le dije que mi médico civil me había informado de que no tenía edad para ello. Antes de que pudiera decir nada, se puso un guante y lo lubricó, y me inclinó sobre la mesa y empezó a hacerlo. Todo el mundo se queja de lo dolorosas que son las exploraciones de próstata, pero este médico era increíblemente competente, o yo tengo una glándula feliz porque fue fantástico. Sentí que iba a empapar toda la mesa de examen en cuanto la tocó por primera vez. Luego comenzó a acariciarme hacia arriba y hacia abajo, y sentí que el calor se disparaba a través de mi pene. Cuando miré hacia abajo, mi polla rezumaba y se había formado un charco en la cubierta de papel. Fue increíble. Desde entonces, tengo curiosidad por saber por qué todo el mundo desprecia tanto la próstata. Creo que mi experiencia fue muy buena.

—Vaya —exclamó Donald. Sus ojos estaban abiertos como platos—. ¿Te han tocado ahí atrás desde ese examen? —de repente se sintió intrigado y quiso saber más. Esto podría ser lo que ayudara a Willie a reavivar su pene.

—No. Juliet no estaba interesada en nada anal, así que no saqué el tema. Pero estoy seguro de

que hay un capítulo entero en el enorme manual de instrucciones para homosexuales sobre cómo usarlo, ¿no crees?

—Tengo un poco de experiencia en esa área —dijo Donald tímidamente.

—¡Santo cielo! Empecemos —para cuando Donald alcanzó a Willie, este había sacado su silla del porche y estaba a medio camino del dormitorio.

—Entonces, ¿estás diciendo que estás listo para que te masturbe de nuevo? ¿Pero esta vez con mi dedo en tu culo? —preguntó Donald.

—En términos clínicos, sí.

Donald pareció dudar un poco.

—¿Qué? —preguntó Willie mirando fijamente a Donald, que parecía sin palabras. La mitad de su boca estaba abierta, y sus ojos estaban un poco abiertos y mirando escandalosamente a Willie.

—Pensé que habías afirmado que tenías alguna experiencia previa. Te estoy pidiendo que demuestres tus habilidades para dar palmaditas en el culo, ¿y todo lo que haces es quedarte ahí? Coge el lubricante y métemelo, hombre —se acercó a la cama y se subió. Donald no se movió, su boca se abrió más, sintió una gota de baba en su labio justo antes de cerrarlo.

Donald vio cómo se despojaba de los pantalones de chándal y acomodándose en la misma postura que antes: desnudo, las piernas ligeramente abiertas, la polla en reposo y una sonrisa. Maldita sea.

—Supongo que el guiso ha funcionado —murmuró mientras se desnudaba y se metía en la cama.

Se arrodilló entre las piernas de Willie, que flexionó por las rodillas para colocar mejor su culo. Deslizó un cojín por debajo de las nalgas de Willie para levantarlas y acceder a ellas. Su agujero -su maravilloso y apretado pliegue, desconocido para todo el mundo excepto para el pervertido médico del ejército que lo había introducido en este mundo- estaba ante Donald, pidiéndole que entrara.

—Ahora, lo que vamos a hacer aquí puede ser homosexual en ciertos sectores. ¿Estás dispuesto a aceptarlo? —Donald le preguntó, sus ojos se centraron en él.

—Estamos en la cama juntos por tercera noche consecutiva, Donald. Me has masturbado hoy mismo mientras me follabas la pantorrilla, hasta que te has corrido encima de mí después de decirte que te quería. ¿Qué parte de eso no te parece gay? Este tren gay ya ha partido. Ponte en marcha —Willie insistió sonriendo de oreja a oreja.

—Eres el heterosexual más gay que he conocido, Willie —entonces Donald esbozó una gran sonrisa—. ¿Cómo he llegado a ser tan afortunado?

—Solo entra ahí, por favor. Tu contribución al desarrollo científico es fundamental —dijo Willie con impaciencia.

—Encantado, señor —Donald dijo respirando con dificultad.

Donald echó un chorro de lubricante en sus dedos, que aplicó a la ingle de Willie. Untó la sustancia resbaladiza sobre la abertura, y luego añadió más.

—Voy a meterme un poco ahora para dejarte suave. Podrías querer presionar como si estuvieras haciendo caca.

Donald se quedó asombrado mientras el culo de Willie florecía, el brillante núcleo rosado se expandía mientras él empujaba. Donald apuntó a los tejidos sensibles y presionó su suave dedo en la piel de Willie.

—¿Estás bien? —preguntó rápidamente, preocupado por la reacción de Willie a la penetración.

—Está bien, jefe. Déjate llevar —Willie respondió sonriendo.

Donald introdujo su dedo tan limpiamente como pudo. Recordó la clase de anatomía y apuntó con cuidado antes de empujar a lo largo de la pared del recto de Willie, buscando el ligero bulto donde se crean los orgasmos. Pensó que se movía con cautela hasta que sintió su inconfundible presencia. Willie gimió mientras empujaba suavemente. Bingo.

—¡Oh, Dios, eso es! —dijo Willie, con la espalda arqueada y los ojos cerrados.

Donald recorrió con su dedo la protuberancia de arriba a abajo, y luego a través de ella.

—¡Oh, carajo, es fantástico! —dijo Willie, completamente cautivado por las sensaciones creadas por Donald.

Con una mano en el culo de Willie, la otra se desvió hacia su polla y la agarró. Willie dio un respiro de sorpresa y miró hacia abajo (sus ojos no se habían abierto desde que Donald lo penetró por primera vez), y luego volvió a gemir y a hacer rodar la cabeza de un lado a otro del cojín. Donald le acarició la polla, primero con suavidad y luego con un ritmo cada vez más intenso. Sintió dos cosas simultáneamente: la polla empezó a palpitar y a engrosarse, y la próstata se tensó y sobresalió más de la pared frontal del recto de Willie. Donald reaccionó acariciando más fuerte y más rápido y aplicando más presión a la glándula interna.

—¿Estás bien? —Willie, que jadeaba y se agitaba, preguntó a Donald.

—Oh, Dios mío. Esto es increíble. Puedo sentir todo, ¡y es fantástico!

—No puedo esperar a ver cómo termina —susurró Donald.

—Llegarás bastante rápido si sigues así —refunfuñó Willie.

Su polla estaba ahora completamente erecta y lista para ser liberada. Donald mantuvo un ritmo brutal por dentro y por fuera, sabiendo que no tardaría mucho.

—¡Ya casi... ya casi... ya! —exclamó Willie, mientras Donald sentía que cada fibra de su pecho se tensaba con el esfuerzo. Sus músculos pectorales eran prominentes y sus pezones estaban completamente erectos. Sus manos se aferraron a las mantas, tirando de ellas hacia adelante y hacia atrás. La presión sobre su próstata indicaba que su polla perdía un suministro continuo de líquido preseminal.

Las manos de Donald eran un borrón; solo le preocupaba una cosa: conseguir que Willie tuviera un orgasmo muy, muy fantástico que pasaría a la historia.

La reacción de Willie, en cambio, había cambiado. Su respiración parecía ralentizarse, y Donald vio una ligera curvatura en su polla. Donald estaba empezando a perderlo. Tenía que pasar a la acción.

—¡Hombre, vamos, hazlo! ¡Llévalo a cabo! —Willie gritó, anhelando el clímax que parecía desvanecerse de él—. ¡Más fuerte! ¡Más, por favor!

Donald no tenía nada más que ofrecer. Ya estaba trabajando la entrada de Willie con toda la fuerza posible, pero no parecía ser suficiente. Entonces reconoció lo que tenía que hacer.

—Willie, eres taaaan sexy ahora mismo. Te deseo más que a cualquier otro tipo que haya deseado. Quiero que te corras ahora mismo, y quiero que te corras sobre mí. Willie, ¡vamos!

Las palabras sucias fueron útiles, pero no fueron suficientes. Willie estaba trabajando duro, pero no parecía estar subiendo los escalones hacia el clímax.

Tiempos desesperados requieren métodos desesperados. Willie, pensó, lo entendería.

—Perdóname —murmuró mientras se inclinaba hacia delante, arrodillándose cerca de la polla de Willie.

Abrió los labios y se llevó la polla de Willie a la boca. Willie gritó, se sacudió y se agitó. Donald palpó, acarició y chupó. Podía sentirlo en su polla, en su culo. Podía sentir el comienzo de las vibraciones. La próstata palpitó de repente como si estuviera asombrada y de nuevo contra

su dedo. Y Donald era muy consciente de que acababa de alcanzar el orgasmo.

Siguió acariciando la polla de Willie, tocando la próstata de Willie, y moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo del eje. Cada pocos golpes, tenía que tragar semen, lo que alteraba un poco su ritmo. Dudaba que Willie lo hubiera notado.

Willie, por otro lado, estaba gritando. Positivamente, por supuesto.

La boca de Donald se abrió con el primer chorro de semen. Le siguió otro, y otro más, hasta que su boca estuvo casi completa con el esperma. Juliet había sido demasiado egoísta para descubrir una forma de conseguirlo. Donald estaba engreído, cachondo y enamorado hasta la médula.

Willie siguió gritando.

El semen seguía brotando, la próstata seguía palpitando y Willie seguía gritando hasta que los espasmos se calmaron y volvió la tranquilidad.

Donald seguía en la entrepierna de Willie, tratando de aguantar toda la corrida, cuando oyó lo que parecía una risa o un llanto, no estaba seguro de cuál. Vio a Willie haciendo ambas cosas cuando levantó la vista. Parecía estar riendo y llorando mientras las lágrimas corrían por su cara.

—Willie, ¿estás bien?

—¿Es cierto? ¿Que si estoy bien? ¿Me has hecho esto y tienes que comprobar si estoy bien? Por supuesto, ¡no estoy bien! —más carcajadas o sollozos—. No estoy seguro.

—¡Willie, está funcionando! —le aseguró Donald.

—Sí, me di cuenta —Willie dijo—: esa no es la cuestión.

—¿Cuál es exactamente? ¿Estás decepcionado de que la haya chupado? Sé que eso no era parte del trato, pero se sentía como lo que necesitabas —dijo Donald, mientras lamía rápidamente una gota lechosa en su labio.

—No, no es eso. Solo es eso —su voz se tornó silenciosa.

—¿Qué? Dime, que me estás asustando —suplicó Donald.

—Fue fantástico —dijo finalmente, el dolor estaba claramente en su voz. La obvia admisión de que le encantó cada momento.

—Bueno, gracias; intento hacer lo mejor —Donald dijo sonriendo—. No, me refiero que esto es lo mejor que he comido —Willie tomó nota de su palabra “comido” y luego sonrió. Refiriéndose a su gran polla.

—Yo también —las mejillas de Donald se sonrojaron—. Así que los gays proporcionan mejores mamadas, ¿eh?

—No fue por la mamada. Fue por todo el asunto. Lo que acabas de realizar en mí me dio un orgasmo que hizo que todos los demás orgasmos que he tenido se sintieran como un calentamiento. Me corrí tan fuerte que creí que me iba a desmayar. Donald, has destrozado mi vida. Tengo miedo de no poder volver a tener sexo con nadie más. Creo que estoy enamorado. Estoy realmente enamorado —Willie admitió. Sin embargo, de nuevo lloraba, feliz y derrotado. Si es que puede llamarse así.

Donald tenía curiosidad por saber cuánto de esto era la tontería habitual de Willie y cuánto era la verdad. Tenía que averiguarlo.

Se deslizó junto a Willie, separándose de su hermosa región púbica. Luego se inclinó sobre él, sus frentes rozándose, el semen de Willie en su barba.

—Pruébalo —dijo en voz baja.

Willie lo miró, sus miradas se cruzaron, y supo lo que tenía que hacer, no, lo que quería hacer. Se estiró y puso las manos alrededor de la cabeza de Donald, acercándolo. Sus lenguas se rozaron, con cautela, luego con más intención, hasta que se empujaron mutuamente con cada

fibra de su existencia.

El beso terminó y volvieron a mirarse el uno al otro.

—Bien, entonces ese guiso tendrá que ser suministrado solo por prescripción médica —rió Donald.

Willie apretó las palmas alrededor de la mandíbula de Donald.

—No fue un hechizo. Fue culpa tuya.

—Puede que tengamos que enfrentarnos a la verdad de que eres un poco marica —añadió Donald.

—Si quererte cerca de mí es homosexual, me parece bien. Pero ahora —añadió mientras rodeaba a Donald con su brazo—, necesito cerrar los ojos. Correrme por primera vez en 6 meses pasa factura.

—Sí, te esforzaste mucho ahí.

—Tú también, hola… eh… gracias —dijo Willie con una sonrisa—. Por todo.

—De nada. Descansa un poco ahora —susurró Donald mientras acariciaba la cara de Willie, siguiendo la fuerte línea de su mandíbula, y sintiendo su rastrojo áspero y su piel suave.

Willie murmuró:

—Te amo —mientras Donald se recostaba contra él.

—Yo también te amo —dijo Donald en voz baja, asombrado de dónde estaban y cómo habían llegado hasta allí—. Por siempre —Willie cerró los ojos.

10

**Un nuevo hombre en mi vida**

Pebbles hizo su esfuerzo diario por alertar a la familia de sus requerimientos aterrizando como una pelota de béisbol en el centro de la cama.

—Ugh. Vamos Pebbles dame siete minutos más. Creo que tendremos que conseguir una puerta de gatito con cerradura, Willie. ¿Verdad? —no hubo respuesta.

—¿Willie? —Donald se dio la vuelta para mirar a Willie al otro lado de la cama.

Estaba desierto.

Donald parpadeó con fuerza, se sacudió el sueño y volvió a mirar. Seguía vacío.

—¿Willie? —Donald gritó más fuerte. Se incorporó; la silla había desaparecido. Miró alrededor de la habitación, esperando encontrar algún indicio de lo que había ocurrido. Nada. No había nada fuera de lugar, ningún indicio de que el tipo con el que había compartido su cama, sus emociones, se hubiera ido. Entonces Donald recordó: la noche anterior. Había cruzado la frontera la noche anterior. Dos veces. Por lo menos.

Se la había chupado a Willie, lo había besado y se la había vuelto a chupar. Ya son dos. Entonces lo habían dicho: habían declararon que se amaban. Willie estaba fuera después de tres strikes.

—¡Joder! —gritó Donald mientras se desplomaba en los cojines. Había ocurrido. Se juró que no ocurriría, pero ocurrió. Estaba solo. Otra vez. Joder.

Donald fue sacado de la cama por un fuerte golpe fuera de la habitación. Corrió hacia el sonido, desnudo y aterrorizado, y se encontró en la cocina, mirando el contenido de su gabinete de repostería; que estaba esparcido por el suelo. Willie estaba allí en el centro, mirando como el niño que fue atrapado con la mano en el tarro de galletas.

—Lo siento —respondió, mirando el caos—. Solo buscaba un muffin.

Miró a Donald, esperando que no se ofendiera. Al fin y al cabo era un gran fan de su cocina.

—¡Está bien! No pasa nada. Simplemente me alegro de que estés bien y de que estés aquí. Me he despertado y... —dijo Donald tratando de recuperar el aliento.

—Respira, amigo. Parece que estás tenso. Y desnudo, lo cual no es una combinación terrible —Willie le guiñó un ojo.

—Supuse que te habías ido —comentó Donald con suavidad—. Supuse que te habías asustado y me habías abandonado.

Willie echó su silla hacia atrás para rodar por el lado opuesto de la isla, donde el piso estaba libre de moldes para pasteles. Rodó hasta Donald y lo rodeó con sus brazos. Willie se aferró a las nalgas de Donald y colocó su cabeza sobre el estómago desnudo de éste. El abrazo de Willie calentó a Donald, al igual que el roce de su barba incipiente bajo el ombligo.

Willie, por su parte, se sintió satisfecho al cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el abdomen suavemente acanalado de Donald. Se sentía muy bien aquí, suave y firme al mismo tiempo, y decidió que se quedaría un rato.

Donald sintió que su polla crecía, reaccionando a la cercanía de Willie, al calor de su cuerpo, con un cierto grado de terror.

Donald sabía que pronto rozaría el cuello de Willie o chocaría con su barbilla. No sabía en qué parte del espectro gay-hetero se encontraba Willie, pero estaba bastante seguro de que no podía ser golpeado en la cara con una erección.

—Willie, voy a vestirme —dijo Donald con un labio tembloroso.

—Mmmm. Por favor, quédate un minuto más. Eres acogedor —dijo Willie abrazando la cintura de Donald con fuerza contra su cara. Donald gimió en silencio sintiendo el cálido aliento de Willie rozar los pelos de su estómago.

Throb. Throb. Throb. La polla de Donald se balanceaba más alto ahora, enderezándose y extendiéndose, y necesitaba hacer contacto pronto.

Willie levantó la cabeza para mirarlo.

—Estoy preparando muffins para ti —sonrió—. Es lo único que mi madre me enseñó a cocinar, pero es muy delicioso.

La polla de Donald, al que le gustaban los tíos atractivos que preparaban muffins, saltó. Sintió que hacía contacto, golpeando la mandíbula de Willie. Los ojos de Willie se abrieron de par en par al comprender lo que le había sucedido. Soltó la cintura de Donald para examinar su erección rebotando frente a su cara.

—Y será mejor que te ocupes de esta cosa antes de que te la metas en el ojo —Willie se rio y le tendió la mano. Donald no pudo respirar al ver la mano acercarse. Willie puso sus dedos en la cabeza del pene de Donald. Tiró de sus dedos cuando apuntó al piso, y la polla de Donald salió disparada y se estrelló contra su vientre.

—A alguien le gustan los muffins. Debería empezar a hornear —luego se inclinó y besó a Donald en la cadera antes de rodar de nuevo hacia el bol de mezclas de la encimera.

Donald se quedó desnudo y sin palabras. Se dio la vuelta para volver a su habitación, sacudiendo la cabeza por el extraño fin de semana que había tenido. Se apresuró a ir directamente al baño, donde rápidamente se arrancó una carga para evitar que su muffin-polla volviera a brotar. Se cambió y fue a la cocina al aroma de muffins recién hechos, luego vio huevos y fruta. Willie se sentía cada vez más a gusto en la cocina.

—¡Esta cocina es increíble! Me encantaría tener una cocina como ésta —dijo Willie y dio la bienvenida a Donald cuando volvió.

Donald se detuvo a raíz de esto. Era la primera señal en días de que Willie no se quedaba. Por supuesto, volvería a casa. ¿Por qué no iba a hacerlo? Donald se sentó en uno de los taburetes de la isla, sonriendo, después de tragarse el nudo en la garganta.

—Esto es impresionante. No tenía ni idea... —dijo Donald por encima de su increíble

silencio, no quería dar a Willie ninguna pista de que sus palabras le habían molestado. Demasiados pensamientos corrían dentro de su mente. ¿Por qué había saltado tan rápido y considerado que esta relación, si es que podía serlo, podría funcionar? Se había ilusionado demasiado pronto.

—¿Que fuera capaz de cocinar? Casi había olvidado que podía; había pasado tanto tiempo. Así que, sumérgete y hazme saber lo que piensas —dijo Willie, que parecía estar de muy buen humor.

Era excelente. Oh, tan excelente. Puede que Donald tenga que acostumbrarse a tener otro chef en casa.

Espera. Para. Willie no sería otro cocinero en esta casa. No en esta casa al menos, no iba a ser nada. Iba a volver a su casa, a su vida, y serían amigos si tenía suerte.

—Donald, ¿qué pasa? —dijo Willie, claramente preocupado por la expresión de Donald—. Parece que acabas de perder a tu amigo más querido.

No, pero su fantasía de lo que podría ser su amigo más cercano se había hecho realidad.

—Oh, no me pasa nada. Es simplemente que no puedo recordar la última vez que alguien me preparó una comida. Es fantástico. Muchas gracias —dijo en cambio. Un poco de mentira y quizás no tanto, pero no del todo cierto. Le molestaba sí, pero solo la idea de que Willie se fuera pronto.

—Es lo mejor que pude hacer.

Mientras comían, Donald meditó sobre lo que acababa de descubrir. Willie, por supuesto, estaría encantado de volver a su propia casa. Dejándose llevar por la fantasía de la vida de los dos juntos, había pasado totalmente por alto lo que Willie -lo que cualquier hombre- querría: la autosuficiencia. No quiere que lo cuiden; quiere cuidarse a sí mismo. Donald se sintió como un idiota por perderlo de vista. Después de todo, su misión era ayudar a los heridos a ser autosuficientes. No podía dejar que su ego se interpusiera.

—¿Quieres ir a tu apartamento hoy? ¿Y trabajar en cómo ponerlo en forma? —Donald preguntó tan directamente como pudo.

Willie dejó de comer y lo miró fijamente, sorprendido por la pregunta. Permaneció un rato en silencio y luego asintió.

—Sería una buena idea, supongo. No puedo quedarme aquí el resto de mi vida, ¿verdad? —¿Pidió quedarse? pensó Donald

Sí, podrías, razonó Donald. Pero no lo dijo en voz alta, por supuesto.

—Genial. Empecemos cuando terminemos el último de estos muffins.

# Capítulo 10

# *El hogar está donde está el corazón*

A Donald le pareció insoportable el viaje hasta la residencia de Willie. Había descubierto al tipo que más deseaba en su vida, y ahora lo alejaba. Pasó por los restaurantes en los que los imaginaba comiendo, por las tiendas de reformas en las que elegirían pintura fresca y por los cafés en los que pasarían las perezosas mañanas de los domingos con un periódico y bollos. Cada kilómetro ofrecía nuevas e impensables posibilidades, cosas que nunca lograrían.

—¿Estás bien, amigo? Tus ojos están babeando profusamente —preguntó Willie. Donald trató de mantener la vista en la carretera, mientras intentaba ocultar el encharcamiento de sus ojos. Se tragó el nudo que tenía en la garganta aclarándola para acallar los gemidos que querían escapar de sus labios temblorosos. Quizás soñar con todas las cosas que harían juntos como pareja le había destrozado por dentro.

—Es solo la alergia. En esta época del año suelen ser horribles —Donald dijo. Pero en el fondo se estaba desmoronando, y sentía que estaba perdiendo al único amigo que tenía. No, más bien el amor de su vida.

—Oh, eso es terrible. Juliet sufría de dolores de cabeza como consecuencia de sus alergias.

La mención de su nombre golpeó a Donald como un puñetazo en el vientre. Willie se estaba alejando de él. Nada positivo podía salir de esto ahora.

Cuando llegaron a la casa de Willie, Donald cogió una cinta métrica y algunos catálogos del maletero mientras Willie se acercaba al buzón. Tenía una pila de cartas en su regazo, una de las cuales tenía una pegatina de Correo Certificado. El vecino había firmado por ella y la había colocado encima del resto del montón. Willie abrió el correo mientras Donald se quedaba mirando en el porche. Terminó la primera página y la arrojó sobre su regazo. Se sentó, desatento e inmóvil. Entonces, Donald vio que sus hombros se movían hacia arriba y hacia abajo como si estuviera llorando.

Donald salió corriendo del porche por la acera hasta el buzón. Se echó atrás cuando oyó el frenético gorgoteo que salía del pecho de Willie. ¿Estaba sollozando? ¿O se estaba riendo? ¿Ambos? Donald se acercó suavemente y puso una mano en el hombro de Willie.

—Willie, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? —Donald trató de echar un vistazo a la carta que había provocado semejante desbordamiento de emoción, pero Willie la había arrugado y retorcido en sus manos. Las risas de llanto continúan. ¿Sollozos con risas? Donald seguía perplejo. Sin duda, aquello era divertidísimo.

Cuando Willie levantó la vista, las lágrimas corrían por sus mejillas. No pudo dejar de llorar/reír lo suficiente como para pronunciar algo sensato incluso después de eso. Finalmente tomó un gran respiro, cerró los ojos y dijo.

—Ella quiere el divorcio —luego se echó a reír. Y, en cierto modo, sollozando. Estaba

destrozado.

—Vamos a meterte a la casa —le instó Donald mientras se ponía detrás de la silla para empujarlo.

Willie activó el bloqueo.

—No.

—¿Qué? ¿Cuál es el problema? No querrás simplemente sentarte en la acera, ¿verdad?

—Por favor, llévame a casa; ¿podemos ir a casa? —suplicó Willie; su voz bajó de tono.

—Willie, has llegado. Esta es tu casa.

—No, me voy a casa. ¿Podemos irnos ya? Esta no es mi casa... ya no —Willie corrigió a Donald.

Donald no estaba seguro de cómo manejar esto, pero creía que Willie podría ser excusado por querer correr después del shock de recibir los papeles del divorcio.

—De acuerdo, no hay problema. Esto es algo que podemos abordar más tarde —Donald dijo amablemente.

Volvieron a subir al vehículo, con las lágrimas cayendo por la cara de Willie, y condujeron de vuelta a la casa de Donald. Donald quería romper el silencio y averiguar lo que Willie estaba experimentando en muchas ocasiones, pero no estaba seguro de cómo hacerlo. Llegaron a su residencia sin decir nada.

Willie se acercó al porche y esperó a que Donald abriera la puerta; se giró y suspiró mientras contemplaba la zona, arriba y abajo de la manzana. Al oírlo, Donald cerró la puerta que acababa de abrir y se sentó en el columpio del porche, al lado de donde Willie había aparcado. Durante un largo rato, contemplaron el patio. Donald ya no pudo contener su silencio.

—¿Qué pasa, Willie? ¿Cómo estás? —se cuidó de preguntar.

Willie frunció ligeramente el ceño, conteniendo más lágrimas, y luego lanzó un largo suspiro.

—Sabía que iba a ocurrir, pero saberlo y presenciarlo son dos cosas muy diferentes —estaba preocupado por lo que pasaría si miraba el buzón y… —se interrumpió.

—Y descubrieras los papeles del divorcio.

Willie se giró bruscamente para mirar a Donald.

—No—. Hizo una larga pausa—. Me preocupaba lo que podría pasar si no lo hacía.

La boca de Donald se abrió de par en par.

—¿Qué?

—Esta mañana estabas tan entusiasmado con la idea de venir a mi antiguo apartamento y planificar y medir, y luego esencialmente enviarme, que sabía que si estos documentos no estaban en el buzón —exhaló—. No tendría ninguna razón para volver aquí —sorprendió a Donald con esas palabras—. Estoy contigo —declaró.

—Pero estabas tan desolado cuando recibiste los papeles del divorcio… —dijo Donald un poco confundido.

—¿Desolado? —Willie sollozó—. ¿Hablas en serio? Estaba tan preocupado de que no estuvieran allí que no podía creer lo afortunado que fui cuando los descubrí. Y entonces me di cuenta: ahora que Juliet ha pedido el divorcio, soy un hombre libre. Soy libre de hacer lo que quiera, de poner toda mi existencia patas arriba si así lo decido. Tengo la opción de volver a empezar. Y ya he decidido con quién empezaré de nuevo.

—Dios mío, Willie. Mira, has pasado por muchas cosas y deberías tomarte tu tiempo para hacer cambios importantes en tu vida. Date un tiempo y piensa en lo que quieres.

—Ya tengo lo que quiero. No necesito hacer ningún cambio drástico porque ya estoy aquí, y tú ya estás aquí, y nada de eso tiene que cambiar. Así que estoy listo para volver a empezar

contigo —sonrió limpiándose los ojos—. Soy el bastardo más afortunado del mundo.

Donald no podía creer lo que escuchaba. Y no estaba seguro de que Willie le hubiera prestado toda su atención.

—Quiero que pienses en esto, Willie —respondió Donald—. Ha sido increíble tenerte aquí durante los últimos tres días, y he estado imaginando felizmente cómo sería la vida si siguiéramos como hasta ahora. Pero, Willie, el hecho es que eres un chico heterosexual que necesita un amigo en un periodo difícil, y yo estuve encantado de ser ese amigo. Pero la amistad no es mi objetivo a largo plazo. Me gustaría establecer una vida contigo aquí, pero no puedo porque tú no puedes. En algún momento entenderás que necesitas estar con una mujer para ser feliz, igual que yo necesito estar con un chico, y ahí se acabará todo. No voy a entrar en una relación sabiendo que tendré que compartirte —bajó la cabeza al tener que decir eso, o incluso admitirlo. Pero Willie lo entendería. No era lo mismo—. No soy esa clase de persona.

A Donald le preocupaba estar decepcionando a Willie demasiado rápido, pero este sonrió en lugar de fruncir el ceño.

—Vamos, vamos —dijo tomando la mano de Donald—. Tengo que enseñarte algo —dijo Willie mientras se daba la vuelta y entraba en la casa.

Donald le siguió por el pasillo y entró en la habitación. Su dormitorio.

—Quiero que tomes asiento en la cama ahora.

—¿Por qué? Willie, ¿qué pretendes? —Donald le miró con curiosidad para ver más allá de esos hermosos ojos suyos y ver al verdadero hombre.

—Estoy seguro de que lo sabrás. Simplemente siéntate —le indicó Willie.

Donald se sentó.

—Muy bien, ahora solo necesito que hagas una cosa por mí —dijo Willie—. ¿Estás dispuesto a hacer todo lo que te pida?

—Depende de lo que sea —dijo Donald, tratando de ver qué había detrás de la sonrisa de aquel hermoso hombre. ¿Qué estaba tramando?

—No, no depende —dijo—. Debes estar de acuerdo, o no procederemos. Y créeme, te arrepentirás.

—Vamos, Willie, esto es ridículo.

—No, no estoy bromeando. Debes comprometerte a hacer lo que te pido —Willie insistió.

—No vas a dejarlo, ¿verdad? —Willie movió la cabeza de lado a lado, y Donald suspiró—. Está bien, está bien. Lo juro.

—Excelente. Ahora…

Donald se sentó en silencio. Willie estaba creando tensión, y era demasiado para él.

—¿Y bien? ¿Qué es? —dijo Donald esperando.

—Quítate la ropa —Willie hizo una gran sonrisa.

—No —dijo Donald.

—Lo prometiste —dijo Willie de forma contundente y solemne—. Hazlo ahora mismo.

Willie empleaba este tono de voz mientras ordenaba a los presuntos militantes que depusieran sus armas. Funcionó sorprendentemente bien.

—¡Está bien, está bien! ¡No dispares! —Donald bromeó desabrochándose la camisa.

—Me temo que no puedo dar ninguna garantía —Willie dijo una vez más devolviendo la sonrisa con maldad. De nuevo, Donald se preguntó qué estaría tramando.

Sin embargo, se bajó la camisa por la cabeza, seguida de los calzoncillos. Se quedó en calzoncillos, mirando a Willie. Willie levantó una ceja y Donald comprendió exactamente lo que buscaba.

—Me dijiste que me quitara la ropa —dijo Donald, la sonrisa en la cara de Willie se hizo más amplia. A Donald le estaba resultando difícil no explotar dentro de sus boxers por la forma en que el hombre lo estaba mirando.

—Sí, lo hice —Willie le dijo, su sonrisa derritiendo a Donald desde dentro.

—No has mencionado los calzoncillos —dijo Donald.

Willie frunció el ceño a Donald antes de extender la mano y agarrar la cintura de los calzoncillos de Donald con ambas manos. Tiró y rápidamente los rompió en tres enormes trozos, que sacó del cuerpo ahora desnudo de Donald.

—Ya está. Eso es exactamente lo que pedí.

Donald se sintió aterrado por Willie por primera vez desde que lo conoció. Aterrorizado y extremadamente excitado. Esto era excitante e intrigante. Pero se sentó con las piernas separadas, su polla dura y saludando a Willie de vuelta. Se movía ligeramente entre sus piernas anticipando los movimientos y el tacto de Willie.

# Capítulo 11

# *Compromiso*

Willie acercó su silla al borde de la cama, luego agarró por detrás las nalgas de Donald y lo jaló. Puso sus manos alrededor de la base del pene de Donald sin dudarlo. Agarró con la suficiente fuerza como para provocar un jadeo de Donald, y luego se adelantó y besó la punta muy suavemente. Se abalanzó sobre la creciente erección de Donald, tomando cuatro gruesos y sólidos centímetros mientras abría bien los labios. Apretó los labios sobre la enorme polla que tenía en la boca y se retiró con una succión asombrosa que Donald nunca había experimentado antes.

—Despierta, grandullón —Willie dijo en voz alta a la gran polla carnosa de Donald.

—¿Cómo has aprendido a hacer eso? —Donald se estremeció al sentir los largos dedos de Willie envueltos en su pene.

Willie sonrió mientras lo miraba.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? Es una historia un poco oscura —mientras hablaba, acariciaba la polla de Donald sin cesar.

—Tienes habilidades únicas —Donald murmuró, su respiración se volvió pesada al sentir cada toque de las manos de Willie en su polla.

—LO HAGO, SIN DUDA. LO MÁS SUCIO ES LO MEJOR —Willie respondió.

—COMO TE PUEDES IMAGINAR, se vuelve bastante aburrido en el despliegue: largas horas de monotonía puntuadas solo por momentos de absoluto temor —Willie parpadeó hacia él —. Para pasar el tiempo, veíamos películas, películas porno. Las veíamos juntos en los barracones por la noche. No se nos permitía ver porno en lugares con estrictas normas religiosas. Aun así, si has estado sin sexo durante muchos meses, estás dispuesto a violar cualquier regla que necesites para obtener algo de material para masturbarse. Así que un puñado de hombres hackeaba sus ordenadores para poder descargar porno sin ser descubiertos, y nosotros lo veíamos en sus portátiles.

—COMO EL ACCESO a los sitios porno era tan turbio, no teníamos mucho que decir sobre lo que veíamos: era esencialmente lo que le gustaba al hombre que lo descargaba —Willie continuó—. Donnelly era uno de los mejores técnicos de la unidad. A veces descargaba porno para que lo viéramos, y yo siempre me aseguraba de estar allí cuando lo hacía.

—¿NO ERA Donnelly el que era gay? —preguntó Donald.

—SÍP —contestó Willie sonriendo.

—¿ASÍ QUE TODO EL MUNDO SE REUNE en torno a su portátil para ver porno homosexual?

—CORRECTO. Porque eso ocurre todo el tiempo en el ejército —Willie suspiró y puso los ojos en blanco—. No, seleccionaba todo lo que tenía damas, pero siempre tenía los machos más

guapos. Puede que no creas que eso supone una diferencia...

—LO HARÍA si yo fuera tú, pero de nuevo… —dijo Donald devolviendo la sonrisa.

—SÍ, pero eso me hizo una diferencia por alguna razón —Willie continuó, sus ojos mirando en la distancia mirando por encima del lado del muslo de Donald y luego justo en su polla. Su aliento lo golpeaba mientras se acercaba—. Aprecié los artículos que eligió ya que los machos eran tan atractivos como las damas. Debería haberlo visto como una señal de advertencia, pero no hay mucho tiempo para la auto-reflexión mientras estás en el despliegue. El material de Donnelly incluía a veces dos hombres y una mujer, lo que era increíblemente sexy. Significativamente cuando los chicos chocan entre sí o en un incidente de doble penetración. Sientes que pueden sentir la polla del otro tipo presionando contra la suya —exhaló; la polla de Donald se balanceaba justo delante de él—. Espera, ¿qué tan caliente es eso?

DONALD EMITIÓ UN GEMIDO, indicando que él también pensaba que estaba caliente.

—En cualquier caso, el Ejército descubre que los individuos están descargando porno y apaga el firewall —dijo Willie acariciando el miembro palpitante y caliente de Donald como si fuera un coño—. Se acabó la sensualidad. Pero a Donnelly se le ocurrió una solución: su amante le da un iPod con horas y horas de porno. Ahora, su pareja no le enviaba este material para deleitarnos; de hecho, gran parte de él no tenía nada que ver con las mujeres, si sabes a qué me refiero.

—ENTIENDO LO QUE DICES —dijo Donald con un movimiento de cabeza. Sus ojos cayendo de vez en cuando para mirar su polla en la mano de Willie. Era sexy lo que quería decir.

—SIN EMBARGO, estamos desesperados en este punto, así que lo miramos de todas formas —resulta que en las cosas con hembras también hay hombres que se lo hacen no solo a ella sino también a los demás. Incluso eso no era demasiado para nosotros; simplemente nos saltábamos las partes en las que los hombres estaban ocupados y descubríamos la siguiente vez que entraba la mujer. Un puñado de hombres no subió a la noche de cine, pero al resto no le importó —Willie dijo, sus dedos acariciando lentamente la polla caliente de Donald mientras continuaba. De hecho, no había parado, y estaba haciendo que Donald se pusiera morado como un gato.

—ERA EL DÍA DE LA MADRE, y mi madre había fallecido, y la de Donnelly era una loca religiosa que no aceptaba sus llamadas, así que éramos los únicos que no estábamos en la cola para usar el teléfono. Donnelly encendió el portátil y me dijo: “No adelantes. Quiero verlo todo”. Por supuesto, estoy de acuerdo con cualquier cosa con tal de adquirir algo de paja.

—Entonces, el video comienza y dos hombres se besan. Nunca había visto a dos hombres besarse, y estos tipos se lo estaban pasando bien. Era increíble. Luego empezaron a chuparse la polla el uno al otro, y todo lo que podía pensar era que lo hacían de forma tan diferente a las chicas del porno: simplemente podías saber al verlos que lo deseaban más que las mujeres. La mamada en el porno hetero consiste en hacer que la mujer parezca a punto de reventar si no se la follan pronto; en el caso de los hombres, simplemente se nota que lo que disfruta es chupar —Willie exhaló y se perdió en su recuerdo de los acontecimientos. Pero nunca olvidó la polla de Donald en su mano. Sus dedos envolviéndola suavemente, sus labios tan cerca que los ojos de Donald se ponían en blanco.

—Así que vi el video de Donnelly y cogí algunos trucos —miró a Donald cuando dijo eso. Donald tragó saliva, parecía que iba a decir algo, pero no lo hizo por alguna razón.

—También descubrí que me gusta contemplar a un macho guapísimo, igual que a una mujer despampanante. Por supuesto. Hasta el fin de semana pasado, no importaba realmente; estaba casado, así que tenía que ser heterosexual. Pero ahora que la bola del divorcio ha empezado a rodar, ten cuidado —volvió a centrar su atención en la creciente polla de Donald.

WILLIE HABÍA ESTUDIADO la polla de Donald mientras contaba esta historia, y ahora había una brillante gota de líquido preseminal en su punta. Willie sonrió y volvió a inclinarse hacia delante, sacando la lengua y lamiéndola. Lamió el extremo, queriendo beber hasta la última gota.

—Oh, Dios —consiguió Donald entre jadeos—, así que es la primera vez que haces esto, pero ¿has visto algunos videos de instrucciones para chupar pollas? —Donald dijo con una pequeña risa, sin embargo era difícil concentrarse en otra cosa que no fuera la boca de Willie ahora en su pene.

—SÍ, ¿CÓMO LO SIENTES? —inquirió Willie, con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—DESDE MI PUNTO DE VISTA, es jodidamente genial —Donald dijo al exhalar, mientras la lengua de Willie lamía el pequeño líquido que goteaba de su polla.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Donald de nuevo.

—Mira —comentó Willie simplemente, señalando su regazo. Donald movió el cuello hacia adelante para ver la hermosa polla de Willie, erecta y firme. En la punta, había un poco de gota cristalina.

—OH, MIERDA —suspiró Donald, tirándose de nuevo sobre la cama y entregándose por completo a Willie.

WILLIE, por su parte, no estaba tan seguro como parecía. Aquello suponía una gran diferencia con todo lo que había hecho hasta entonces, con todo lo que se había imaginado. Y, sin embargo, cuando miró a Donald, que se había echado hacia atrás sobre la cama, y vio el éxtasis en el que su pequeña intromisión le había sumido, supo en su corazón -en una parte recién reabierta de su corazón- que aquello era lo correcto. En ese instante, se dio cuenta de que amaba a Donald más de lo que jamás había amado a nadie.

DEVOLVIÓ su mirada al trabajo que tenía entre manos, y con un alegre barrido, empujó todo lo que pudo de Donald a su boca. Disfrutó escuchando sus jadeos y gruñidos, el temblor de sus rodillas y la tensión y relajación de sus músculos abdominales. Levantó la otra mano hacia sus pelotas y acarició con ternura y lentitud sus dedos sobre esa piel arrugada y peluda, con una mano agarrando firmemente la base de la polla de Donald. Esto provocó más gemidos frenéticos de Donald, y Willie se frotó con más descaro. Mantuvo el movimiento de balanceo sobre la dureza en su boca todo el tiempo, deteniéndose solo periódicamente para retroceder y besar la punta, lamer alrededor de la cabeza, o intentar empujar su lengua en la hendidura. Este movimiento final siempre le recompensaba con una o dos gotas de salinidad, lo que le gustaba bastante. Estaba convencido de que podía hacer esto durante horas. Durante muchos años. Podrá hacerlo durante el resto de su vida.

DONALD, en cambio, no iba a sobrevivir horas. Tensó los abdominales para acercar el conocido dolor en la ingle que marcaba la proximidad del clímax. Se levantó, con las manos en las caderas, y miró a Willie. Le asombraba que este maravilloso tipo, este encantador heterosexual, le hiciera esto con tanta generosidad y pasión. Y eso lo llevó al límite.

—OH DIOS, WILLIE, ME VOY A CORRER —gruñó, preparado para la liberación pero queriendo advertir a Willie de que estaba en camino. Willie se limitó a acelerar sus movimientos, utilizando su mano para recorrer la base del miembro de Donald, chupando aún más viciosamente la punta.

—EN SERIO, Willie. Me vas a volar la puta cabeza —Donald quería asegurarse de que Willie pudiera escapar antes de que su boca se llenara de lo que prometía ser la carga del siglo. Pero necesitaba ser libre, y lo necesitaba inmediatamente.

—¡OH DIOS MIO! ¡OH JODER! —gritó, tensando todos los músculos de su cuerpo. Donald

se quedó congelado, enviado al precipicio de un orgasmo demoledor, ajeno a lo que ocurrió a continuación. Era de acero, estaba ardiendo y estaba en llamas.

WILLIE era consciente de lo que estaba por venir, y lo deseaba. No deseaba la bocanada de semen en particular porque, como la mayoría de los hombres heterosexuales, pensaba que esa cosa apestosa, pegajosa y viscosa era un subproducto horrible de la sensación más placentera del mundo. La mejor sensación del mundo deja las peores pruebas. Pero quería que Donald entrara en sus labios porque quería demostrarle lo mucho que le amaba. No era el semen lo que deseaba; era que Donald lo poseyera, que lo reclamara como suyo.

WILLIE SE DIO CUENTA de que había cometido un error cuando el primer disparo explotó caliente en su boca. Era demasiado extraño, demasiado abrumador, demasiado. El segundo disparo fue considerablemente peor ya que fue más extenso. Willie estaba en un peligro significativo. Levantó los ojos hacia Donald, suspendido en posición y tiempo, con el rostro alegre y distorsionado. Donald jadeó inmediatamente, sus ojos se abrieron y murmuró mientras miraba su polla hinchada pegada a los labios chupadores de Willie.

—TE AMO... Siempre te he amado... No podría sobrevivir sin ti —una ráfaga de esperma acompañaba cada frase.

La BOCA DE WILLIE se llenó de repente de pruebas, no apestosas, pegajosas y viscosas. ¡Pruebas del afecto de Donald! ¡Pruebas de sus sentimientos por Donald! La prueba de que podían ser lo que él nunca había soñado que podían ser dos chicos juntos. Y se dio cuenta de que ese sentimiento y esa cosa pegajosa lo conectaban con Donald. Willie estaba de buen humor.

LA FUSILADA PARÓ POR FIN, y Donald suspiró, desgarrado, pero profundamente satisfecho. Willie apartó la lengua de la polla aún dura de Donald y lo miró fijamente, al hombre cuya esencia lo había llenado. Se agachó y rodeó con sus dedos su propia polla insoportablemente erecta. Willie tuvo la idea en un instante cuando Donald se inclinó hacia adelante para observar. Sonrió a Donald, con los labios todavía llenos de semen, y luego miró hacia abajo. Abrió los labios, y grandes hilos nacarados de esperma de Donald cubrieron la polla de Willie, derramándose por su longitud y acumulándose en su base. Willie empezó a acariciarse, con la polla mojada por el esperma de Donald, y salió más de sus labios.

—OH MI PUTA MADRE. Eso es... tan jodidamente... ¡Oh, mierda, mierda! —Donald exhaló.

WILLIE LE MIRÓ mientras el resto de su esperma salía de su boca, con los labios embadurnados de las sobras. Donald se inclinó hacia él y lo besó, recorriendo sus labios, absorbiendo hasta la última gota. Willie simplemente quería que sus lenguas se unieran por una fracción de segundo.

—JODEEER —gimió Willie, y entonces se dio cuenta: su polla, que hacía poco que se había reincorporado al trabajo, descargó un chorro de semen directamente al aire. La ferocidad del chorro los asombró a ambos, y miraron hacia abajo con asombro. Como resultado, el segundo disparo, dispersado al azar por la frenética paja de Willie, los golpeó a ambos. Las imágenes restantes fueron amplias mientras Willie luchaba por mantener el control de sí mismo ante su primer orgasmo fabricado en meses.

DONALD estalló en carcajadas y Willie también lo hizo. Se rieron, se besaron y supieron que habían vuelto a casa.

# Capítulo 12

# *Cierre*

Los padres se sentaron en los asientos del parque y observaron la emoción en el arenero. Sus hijos jugaban alegremente, daban volteretas y reían a la luz del sol en este primer día cálido de primavera.

—¿Willie? ¿Eres tú? —preguntó una voz familiar.

El oído de Willie se llenó de la voz que no había escuchado en casi cuatro años, pero sin duda, reconoció el sonido de la mujer que una vez había estado en su vida.

—Espera un momento, Juliet. Hola —dijo.

—¿Cómo estás, Willie? —no lo había visto desde que lo había dejado desnudo y llorando en el baño. Los abogados se habían encargado de su divorcio.

—Estoy bien.

—Bueno, tienes un aspecto excelente. Es bastante agradable —la mirada de Juliet se dirigió al musculoso pecho de Willie, donde los puños de las mangas de su camiseta tiraban firmemente sobre sus bíceps.

—Gracias. Ahora estoy entrenando. Voy a competir en un biatlón para el equipo paralímpico de Estados Unidos. Esquí de fondo y tiro, ¿sabes? Es un trabajo difícil, pero es agradable. Y si alguna vez atacan Finlandia, ya sabes a quién llamar —ambos se rieron—. ¿Cómo te van las cosas?

—Estoy bien. He venido a ver a mi hermana. Allí, esa es su hija —Juliet señaló a una niña de tres años que estaba ocupada echando arena en la cabeza de otro niño.

—Es adorable. Probablemente a Dylan no le importe que una niña tan encantadora le tire arena.

La mirada de Juliet volvió a dirigirse a Willie.

—¿Se llama Dylan? —parpadeó preguntándose tal vez cómo conocía al niño por su nombre.

—Entonces... —preguntó presionando para obtener más información.

—Sí —dijo Willie, sonriendo—. Es todo mío.

Parecía sorprendida por la noticia.

Juliet abrió los labios y los volvió a cerrar cuando no le salieron palabras.

—¡Dylan! Vamos, hombresito. Es hora de comer —llamó Willie al niño.

Dylan corrió hacia su padre, su entusiasmo superaba su sentido del equilibrio. Lanzó sus brazos alrededor de las rodillas de Willie con entusiasmo, sabiendo que podía agarrarse tan fuerte como fuera posible.

Juliet había encontrado por fin su voz.

—¿Cómo lo hiciste, Willie? Después de lo que pasó...

No esperaba volver a ver a Juliet; por lo tanto, transmitirle esto no era algo que hubiera

planeado.

—Resulta que las cañerías siguen totalmente conectadas. Todo lo que necesitaba era un poco de perseverancia. Y el toque correcto —continuó, consciente de que estaba doblando ligeramente el cuchillo.

—Vaya, excelente por ti. Es impresionante —volvió a centrar su atención en él—. ¿Has encontrado a alguien?

—Lo hice —Él parpadeó hacia ella. Parecía estar esperando a descubrir quién era la afortunada. O mejor, la mujer que había asumido tal tarea—. ¿Recuerdas a Donald, mi fisioterapeuta?

—Sí, lo recuerdo. Era un hombre amable.

Willie se limitó a asentir y a mirarla fijamente.

—¿Te presentó a alguien? —inquirió ella.

Willie sonrió mientras negaba con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo finalmente Juliet.

—Es solo Donald. Él y yo llevamos casi cuatro años juntos.

Juliet se quedó sorprendida. Sin palabras por un momento, no hizo otra cosa que mirar con duda lo que él acababa de revelar.

—Entonces, ¿tú y Donald? —dijo, en voz demasiado alta para una compañía educada. Pasó su mirada de él a Dylan y viceversa.

—Sí. Encontramos una sustituta, Donnelly, la hermana de uno de mis compañeros de servicio. Y decidimos dividir y conquistar. Dylan es de mi parte, y estamos en camino con un segundo usando a Donald —era un padre orgulloso, y sonrió.

Juliet no pudo evitar quedarse boquiabierta.

—Entonces, ¿tienes hijos? —dijo él, claramente intrigado.

Ella volvió al presente.

—No, todavía no —logró responder finalmente—. Creo que todavía no he encontrado a la persona ideal.

Willie extendió su mano y la colocó sobre la de ella.

—Estoy seguro de que lo harás, Juliet. Realmente lo creo. Sé de lo que es capaz el hombre adecuado —lanzó una mirada hacia abajo a Dylan—. Muy bien, amigo, vamos a comer. Papá nos está esperando —volvió a prestar atención a Juliet—. Me alegro de verte, Juliet. De verdad. Por favor, mantente en contacto.

—Sí, tú también —murmuró ella.

Dylan subió a la plataforma que Donald había puesto en el respaldo de la silla de Willie, y los dos salieron rodando hacia la distancia.

Juliet se quedó mirando cómo se iban. Un abundante y triste pesar la invadió y la hizo darse cuenta de lo que podría haber sido si se hubiera quedado.